

EL RESUCITADO

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELÍCULA

"LUZ ETERNA" AMULETO FATÍDICO



LEVANDO a cuentas su mercancía de pieles y alfombras persas, marchaba lentamente un sujeto cuyo rostro cetrino daba a conocer rápidamente su origen egipcio.

A pesar de su indiferente caminar, pronto era posible advertir en él, la inquietud que sin poder reprimir se notaba.

Se detuvo ante una casa de modesto aspecto y llamó golpeando fuertemente el grueso aldabón de hierro, que decoraba la puerta.

No tardó mucho en abrirse la puerta y con tono agrio, preguntó una

mujer de cierta edad, pero que parecía tener una energía nada común:

—¿Qué se le ha perdido por aquí?— Y al ver las pieles que pendían del hombro del extraño vendedor, añadió: —No queremos alfombras.

—Necesito ver al Sr. Dragore— dijo, imprimiendo a sus palabras un tono misterioso de imperativo mandato.

Y sin esperar autorización ni beneplácito de nadie, se coló en la casa, empujando hacia un lado a la mujer, que le miraba sorprendida.

Rápidamente repuesta, se decidió

a comunicar a su dueño, M. Aga Ben Dragore, la presencia de aquel intruso y desconocido visitante, que tan audazmente se había introducido en la mansión.

Mientras ascendía deprisa la escalera que conducía a las habitaciones donde se hallaba Aga Ben Dragore, el misterioso visitante se dispuso a seguirla, de forma que, cuando iba a comunicar la noticia se encontró con la desagradable sorpresa que detrás de ella se encontraba ya aquel individuo, que desprendiéndose de su cargamento, con un movimiento brusco, lo arrojó encima de una de las sillas que componían el destatado mobiliario de la estancia.

—Hemos estado dos años buscándote—fueron las primeras palabras del hombre de las alfombras, en cuando hubo salido del cuarto la portera que le había servido involuntariamente de guía.

Con agilidad de felino se plantó de un salto al lado del otro individuo que sentado ante una mesa llena de botellas, de diversos licores y vinos, se entretenía en combinar una complicada mezcla de ellos.

En su mano izquierda apareció una hoja corta pero ancha y curvada, de un puñal, que con la punta amenazaba introducirse en el cuello de Dragore, ya que así le llamó el re-

cién llegado, mientras amenazador le requería:

—Dragore, no lo pienses ni un minuto más... ¡Devuélvame el anillo de la «Luz Eterna»!

—Llegas tarde, Mahmoud. Ya no lo tengo.

Gran importancia debía tener para el llamado Mahmoud, la posesión del requerido anillo, pues sus ojos negros flamearon de rabia con reconcentrado odio.

—Tú bien sabes que cometiste un grave delito de sacrilegio al robar a nuestros sacerdotes el sagrado estilema de Anubis, la diosa que abre los caminos del eterno descanso.

Cautamente, Dragore deslizó su mano hasta introducirla en el cajón de su mesa con la intención de coger el revolver que allí guardaba y defenderse del ataque que era objeto.

Pero el egipcio se santó y con un leve movimiento obligó a Dragore a cambiar de táctica. El puñal, con su filo agudísimo, empezaba a rasgar la epidermis del acobardado Dragore.

—Puedo matarte, sin grandes remordimientos, tú ya conoces las cláusulas de nuestra religión... Matar a un sacrilego, puede reportar el más amplio perdón de los dioses, para todos nuestros pecados.

—Pero tú debes acordarte, que estamos en Inglaterra...—contentó con

más aplomo Dragore, a quien el mismo miedo hacía audaz—. No olvides que aquí se ahorca a los asquinos.

a La contestación de Mahmoud, llena de esa mística unción de los creyentes, daba a conocer la misión que le había sido confiada por los sacerdotes de su secta, y que él, antes moriría que dejaría de cumplirla.

—Si me ahorcan, vendrán otros a proseguir mi misión.

Y como obedeciendo a un misterioso mandato de ocultos poderes, le conminó:

—Ese amuleto debe volver al Panteón de donde lo robaste.

Había tanta desesperación en sus palabras y su actitud era tan airada, que Ben Dragore temió por su vida, y explicó con voz velada por la emoción:

—Te he dicho que no lo tengo... Lo vendí...

—¿A quién lo has vendido?—preguntó horrorizado el egipcio.

—Al profesor Motlant. Un famoso hombre que ha dedicado toda su vida al estudio de nuestras generaciones pasadas...

—¡El profanador de nuestros tem-

plos!... ¿A quién lo ha vendido él?—continuó inquiriendo Mahmoud.

—No lo compré para eso... Es un creyente de tu Fé.

—¿Cree que el anillo le abrirá las puertas del Paraíso?

—Ciegamente! Dió por él toda su fortuna.

Las últimas noticias adquiridas habían calmado algo el excitado ánimo del sectario creyente y ante la perspectiva de lograr su ansiado anhelo de restituir al Panteón el ya famoso anillo de la «Luz Eterna», se mostró más afable con su interlocutor, al preguntarle:

—¿Dónde vive?

—Ya casi no vive... Está agonizando.

En todas las contestaciones de Aga Ben Dragore, podía destacarse el más repulsivo egoísmo y que todos sus actos eran fruto del interés mezquino de su ambición desmedida.

—¿Le enterrarán con el anillo?

—Así lo creo. Es cuestión de que esperemos unos días.

Los ojos del misterioso vendedor se iluminaron de alegría.

LA AGONIA DEL PROFESOR MORLANT

Seguramente pocas personas habían traspasado los umbrales de la suntuosa morada del famoso egiptólogo Profesor Morlant. Pero los afortunados elegidos de la suerte podían contar mil y un detalles curiosísimos referentes al ornato, tal vez único en su clase, en la vasta ciudad de Londres.

Era el profesor Morlant, hombre considerado entre los más inteligentes investigadores de la antigua civilización egipcia. Tan al extremo había llevado sus estudios, que se murmuraba si se había convertido en un ferviente adorador de los perdidos ritos y supersticiones de la religión de la Diosa Anubis.

Anubis, la diosa que abre los caminos, tenía su imagen en uno de los

lugares más preferentes de la casa del sabio Morlant y representaba un cuerpo de mujer sentada y cuya cabeza era la de un animal mitológico, de largo morro y puntiagudas orejas.

Uno de los brazos en actitud de demanda y con la mano extendida como en espera de una dádiva o ofrenda.

La escultura totalmente tallada en madera, poseía esa misteriosa atracción que emana del antiguo Egipto.

Todo cuanto ha immortalizado la estirpe real de los Faraones nos atrae por la grandeza con que estuvo concebido. Sabían imprimir a todas sus cosas tal magnificencia que hoy todavía, a través de tantas centurias, causa verdadera admiración el lujo

y riqueza con que ejecutaban sus obras y sobre todo emocionaba todo nuestro ser el sólo pensamiento del valor que daban a la inmortalidad.

Sus principales esfuerzos iban dirigidos siempre hacia el logro de su absoluta certeza de que sus cadáveres no serían profanados, ya que debían servir de envoltura al alma cuando volviera a resucitar, para obtener la gloria eterna.

Así pues, no es de extrañar que el profesor Morlant, que desde muy joven no había dedicado a otra cosa sus esfuerzos que a analizar y conocer, hasta en sus más nimios detalles, toda la complicada religión de los egipcios, convirtiera su casa en un verdadero museo del arte egipcio.

Pero, esa decoración, como podríamos llamarle, le daba un tono de misterio a la mansión ya de por sí triste y solitaria, que infundía cierto malestar de inquietud y miedo irreprimibles.

Habitaban desde hacían bastantes años, con el profesor, su administrador, M. Broughton y un fiel criado, el pobre Laing, que había tenido que sufrir todas las rarezas de aquel monomaniático egiptólogo.

En aquel atardecer de un día gris y lluvioso, típicamente londinense, se notó un demasiado ajeteo, aumentado por el repiqueteo de la campanilla de la puerta de entrada, tocada

por un pastor protestante, que al abrirle el criado Laing, le preguntó:

—¿No ha pedido un sacerdote?

—Ni lo pedirá—fué la respuesta del malhumorado criado—. Ha vivido y morirá como un pagano.

—Tal vez si yo le hablase...—se atrevió a insistir el pastor.

—Nada le hará variar.

El acento del criado era triste.

—Entonces, ¿usted cree?...

—Todo cuanto se intenta es completamente inútil. Créame que yo lo siento más que nadie, pero no hay remedio.

Cerró Laing la puerta y acudió de nuevo a la habitación de su amo.

Era ésta una estancia de grandes dimensiones, pero que los muebles de un tamaño muy poco visto hacían más reducida.

En su centro se hallaba el lecho del profesor. Una cama de complicadas esculturas, con gruesas columnas labradas en las cuatro esquinas y que se unían entre sí por un dosel del que pendían blancas cortinas de encaje.

En aquella cama yacía el profesor Morlant, que desde hacía bastantes días luchaba con la muerte, que, codiciosa, no quería abandonar su presa segura.

El viejo criado Laing tuvo que acudir al llamamiento que en la puerta de la calle hacía un sacerdote pas-

tor, que tan pronto se entreabrió ésta, preguntó con mucha amabilidad y estudiada lentitud:

—¿Es cierto que su amo está muy grave?

—No verá la luz del nuevo día—sentenció Laing, terriblemente apenado y dando muestras del sincero sentimiento que le embargaba por el doloroso trance en que se veía su querrido dueño.

—¿No ha pedido un sacerdote?—continuó indagando el pastor, que intentaba penetrar en el recinto imponente y misterioso de la casa del profesor Morlant.

—Ni lo pedirá—fué la cortante respuesta del criado—. Ha vivido y morirá como un pagano.

Había en la expresión del sacerdote protestante, un interés demasiado intenso y marcadamente parcial. Casi pudiera decirse que no era su forma de presentarse y actuar, la lógica y corriente, en esos hombres que dedican su esfuerzo todo, a la salvación de las almas, procurando convertirlas en su Fé.

—Tal vez si yo le hablase...—insistió, intentando penetrar en el amplio halla que se formaba a la entrada, y desde donde partía una escalinata, que conducía al piso superior, en que se hallaban emplazadas las habitaciones particulares del profesor.

—Nada le hará variar.

—Entonces, ¿usted cree?

—Que todo cuanto intentemos es completamente inútil. Por mi parte, he luchado lo increíble por lograr modificar en algo sus extrañas creencias y complicadas supersticiones, pero todo ha sido en balde. Nada he podido conseguir.

La imposibilidad de obtener el permiso de entrada en la mansión era positiva. Ante su fracaso, el pastor, no tuvo otro remedio que retirarse, despidiéndose muy afectuosamente del fiel sirviente.

Entretanto, en su habitación el profesor se debatía en el lecho, por librarse de las garras de la muerte que se cernía sobre su segura presa.

Extraño caso, el del Profesor Morlant. Nadie sabía cómo ni cuándo pudo producirse la horrible transformación de su rostro. Era éste, una terrible visión de sueño de pesadilla.

Algunos que le conocieron en sus mocedades decían que, si bien era feo, por sus vulgares facciones, en conjunto su fisonomía no era en manera alguna repulsiva, antes bien, su principal defecto radicaba precisamente, en esa misma vulgaridad.

Pero, hacía ya bastante años, de vuelta de uno de sus innumerables y larguísimo viajes por el lejano Egipto, regresó llevando en la faz marcadas las más horribles huellas de

una desconocida y misteriosa lucha o desgracia.

Su ojo izquierdo se mostraba completamente blanco, desprovisto en absoluto de iris ni retina y algo más abultado de lo que es corriente. Por el contrario, el ojo derecho, debido a las arrugas y repliegues que a su alrededor se formaban, casi desaparecía, oculto entre aquéllas, pero su brillo e incansante movilidad le daban apariencia de algo perteneciente a un mundo lejano y pavonoso.

El cutis de su cara sólo podría compararse a una máscara ejecutada en barro y que por un extraño capricho del escultor, la hubieran puesto a cocer hasta que se hubiese agrietado por mil sitios, amenazando romperse en cualquier momento. La silueta y color de los labios habían desaparecido y la boca quedaba solamente formada por una hendidura que dejaba entrever unos dientes largos y amarillentos, que completaban aquella cara que parecía pertenecer al más imponente de los monstruos, que la imaginación humana pudiera concebir.

Con la enfermedad que minaba su precaria salud, se habían acrecentado estos terribles vestigios de la ignorada hecatombe y un tono cetrino, casi verdoso, era el color que cubría totalmente aquel rostro.

La cabeza hundida en la blandura

de la almohada, se agitaba, moviéndose constantemente, de un lado a otro, como queriendo alejar de sí una idea que mortificara su espíritu.

Después de varios intentos, pudo emitir unas palabras. El gran esfuerzo llevado a cabo le obligó a cerrar los ojos.

—¡Laing! ¡Quiero que venga Laing!

El doctor, que cuidaba solícitamente al Profesor Morlant, llamó inmediatamente al servicial Laing, para que acudiera al llamamiento posterior de su amo, ya que pocas horas de vida podían dársele al desgraciado egiptólogo.

Se encontraba el criado en la biblioteca, intentando avisar al administrador, Mr. Broughton, de la gravedad del profesor y respetuosamente pedía permiso para entrar en el despacho, donde el administrador estaba examinando unos documentos.

—El señor le llama.

—¿Quién es? ¡Entre de una vez o váyase!—fué la contestación malhumorada de Mr. Broughton.

—Dése prisa si quiere despedirse del Profesor—insistió Laing.

La conversación se vió interrumpida por la presencia del doctor, que venía a avisar a Laing, que Mr. Morlant había pedido que se personara en su cuarto cuanto antes.

Para cualquier persona ajena a la vida cotidiana de la casa del profesor, era algo difícil zafarse de esa primera impresión de respetuosa inquietud que las cosas desconocidas nos producen, aun contra nuestra propia voluntad.

Todo parecía dispuesto de forma para que hasta los temperamentos menos impresionables se dejaran llevar por la fantasía que todos llevamos en nuestro interior en cerrada y pronta a hacernos ver, en cualquier rincón, una sombra, convertida en horrible fantasma, un indefenso gato, en terrible furia del Averno y el chirriar de una puerta mal cerrada, en lastimeros quejidos de algún alma en pena.

Hasta el mismo Doctor, sin poderlo remediar, tuvo que exclamar:

—¡Qué casa más original!

—Como su dueño... respondió el administrador, levantando la vista hasta el recién llegado, con desabrido acento.

—Todos los sabios son algo originales...—disculpó el doctor, que notaba ser un hombre inteligente y correcto. Pero, por su parte, el administrador no quiso tomar ejemplo de la discreción del médico y continuó, con tono despectivo:

—Después de muerto, todos son iguales.

—Es una frase poco simpática—contestó el doctor.

—No soy un hombre simpático, ni intento serlo.

Amenazaba acabar mal la conversación, de seguir por los mismos derroteros por los que se deslizaba, pero una vez más el doctor salvó el escollo, dirigiéndose al criado para indicarle:

—Laing, debe usted subir inmediatamente a las habitaciones de Mister Morlant, que seguramente debe tener algo de mucho interés que recomendarle, pues a pesar del enorme esfuerzo que para él representa el hablar, ha insistido por tres veces en su demanda de que vaya usted a su lado cuanto antes. Yo esperaré en el salón pequeño de la biblioteca.

Era Laing, como ya tenemos dicho anteriormente, un viejo criado, que seguramente había visto nacer al profesor Mr. Morlant, y cuyo único defecto pudiera decirse que era la pequeña cojera que sufría, haciéndole resultar grotesco cuando intentaba caminar deprisa, por ese bamboleo que marcaba con el cuerpo y el ruido scompasado que su pesado zapate de gruesísima suela, producía al chocar contra el piso de grandes baldosas.

Con su extraño tanquiar, subía medio de lado la escalinata de madera con relativa rapidez y su pierna

corta, cual humano martillo, repicaba cada escalón que ascendía. El ruido uniforme de su torpe caminar, nos conducía hasta la habitación del moribundo profesor.

—¿Está cerrada la puerta?—fué la primera pregunta de Mr. Morlant.

—Sí, señor!

Laing, al lado del lecho de su amo, esperaba en actitud expectante, las instrucciones que tenía que recibir. Ya sabía él, para que había sido llamado, pero todavía aguardaba algo más importante y trascendental.

—¿Nadie nos oye?

—Nadie.

Pero la inquietud y la zozobra más impotente se reflejaba en aquella máscara repugnante, que sólo parecía esperar el momento cercano de la muerte para desaparecer en el reino de las tinieblas eternas.

—Corre las cortinas.

—Ya están—comunicó Laing, al mismo tiempo que estiraba del cordón de cierre de los cortinajes, que tapaban las ventanales del cuarto.

—Acércate más—recomendó Mister Morlant a su fiel sirviente.

Se había incorporado algo y medio ladoado se apoyaba en su propio antebrazo, para estar más cerca de Laing. Un temblor le sacudía todo el cuerpo y la más visible excitación nerviosa le dominaba por completo. Parecía talmente que por unos mo-

mentos hubiera recobrado toda su fortaleza y él supiera que en cuanto hubiese transcurrido el tiempo tasado por un misterioso poder, volvería a caer de nuevo en un sopor de inconsciencia, del que tal vez no despertara ya nunca más.

—Cuidado con Broughton. ¡Vigí-lale!

—Hace usted mal en no fiarse de nadie.

—Sólo me fio de los tontos... De tí me fio.

—Mejor será que piense en su alma—le recomendó Laing, deseoso de acortar la tortura que para él representaba sostener aquel diálogo con su querido dueño.

—La tengo encomendada a mis Dioses...—exclamó con fervor y después fué bajando la voz hasta convertirla casi en imperceptible murmullo—, ¡Oyeme!... Cuando yo muera, lo que según creo no tardará en suceder, debes enterrarme al caer el sol. Utilizarás como a taúd, el sarcófago que hallarás escondido en el subterráneo. Te prohíbo terminantemente que permitas a nadie reconocer ni tan siquiera tocar, por mero capricho o curiosidad, nada en absoluto de lo que yo indique que me debe rodear...

Solo con un respeto y cariño como el del fidelísimo Laing, hubiera sido posible resistir aquella escena. Mis-

ter Morlant demostraba claramente que era con vivo placer que esperaba el momento en que su alma se desprendera de la mortal envoltura. La muerte, que para la mayoría de los seres, representa la mayor de las desgracias, para el extraño profesor, parecía constituir la suprema aspiración de sus deseos.

—Colocarás la estatua de Anubis, en la cámara interior del pabellón del jardín. Tendrás muy especial cuidado, en situarla de cara a Poniente.

Efectivamente, en los vastos jardines que rodeaban el edificio, se destacaba una pequeña construcción de recias líneas, que recordaba la arquitectura egipcia y en cuyos muros podían leerse infinidad de inscripciones y alegorías de extrañas y complicados jeroglíficos.

Durante unos de los momentos en que Leing había cerrado los ojos cuajados de lágrimas y se pasaba por ellos el dorso de la mano, intentando secar con su rápido ademán, el sincero tributo de cariño.

—A la primera Luna llena, en la hora primera, haré mi ofrenda a la poderosa Anubis... ¡La Diosa que abre los caminos!

Había en sus palabras una obsesión de fanático. Nada y nadie hubiera logrado desviarle los sentidos, de su idolatrada diosa. La extraña

figura de Anubis parecía aguardar un próximo momento de mayor emoción. Algo trascendental iba a suceder.

El brazo del profesor salió de entre las blancas sábanas, y como un seco y reforzado arriente, se deslizó por la cabecera del lecho. Pronto, la huecua mano se detuvo en su incierta rebusca entre las esculturas y resaltes de los labrados del adorno del maderamen de la cama y una nueva contrajo la horrible faz del moribundo... Saltó una pequeña tapa, debido sin duda a la presión de algún escondido resorte, y en la concavidad que se formaba, apareció una piedra preciosa, de extrañas luces y colorido, montada en complicado ajuste de oro cincelado en muy tosca forma, pero que en conjunto tenía un marcado gusto artístico de difícil superación. Era en verdad, una joya de positivo valor y belleza.

Una vez tuvo la joya en la mano se volvió de nuevo a mirar la diosa Anubis. Como si hablara con ella, exclamó:

—¡Oh, diosa, que permitirás mi entrada en el paraíso del eterno descanso! A la primera luna llena, después de mi muerte, me postraré ante ti, para entregarte la «Luz Eterna», que tantos desvelos me ha causado, y en cambio de ella, tú, magnánima, me abruña de par en par las puer-

tas del eterno descanso y la eterna felicidad... Pondré el anillo en tu mano. Si cierras tu diestra, es que me admites en el Paraíso...

—Un idolo de madera no mueve la mano—exclamó Laing, sin poderse reprimir.

La mirada de Mr. Morlant a su criado, fué una mezcla de odio y desprecio. No podría concebirse un mayor ultraje por una tan insignificante rebeldía.

—¡Trae el vendaje!—gritó el profesor.— ¡El vendaje!

Con el brazo extendido y llevando en la palma de la mano el anillo de la «Luz Eterna», esperaba que Laing se acercara a él, llevando las vendas para envolverle la mano.

—Esta es la «Luz Eterna»? ¡Por ella di toda mi fortuna! ¡He de llevarla en la mano! ¡Únicamente así podré rendir homenaje a mi diosa!

—Pero esta joya debiera ir a los herederos—interrumpió el criado.

—¡Vendámela en la mano! ¡Ha de bajar conmigo al sepulcro!

Las manos de Laing no acertaban a desplegar las gasas y las vendas. Los dedos temblorosos se negaban a ejecutar aquel loco sacrificio que hacía que se perdiera para siempre una joya de un valor inestimable y tasada en una formidable cantidad.

—¿Por qué tiemblos?

—Tiemblo por usted—fué la sabia respuesta del buen Laing.

—Más te valiera temblar por tí, si me desobedeces.

Ya la mano del profesor se había convertido en un deforme montón de vendas, cuando la voz de Mr. Morlant anunció su prohibición:

—Si me faltase la ofrenda el día de mi resurrección, saldría de mi sepultura para castigarte...

Como si esperase ese supremo instante para desligar a su alma de la terrible carga de su enfermo y desgraciado cuerpo, la cabeza del profesor se inclinó hacia un lado y un suave suspiro se escapó de su pecho.

Laing corrió en busca del doctor. Después de rápida comprobación, el médico se limitó a anunciar:

—Todo ha terminado.

Pero se hallaba muy lejos de la verdad. En aquel instante comenzaba lo verdaderamente extraordinario de esta historia.

—Prepare el certificado: ataque cardíaco.

Causaba pena ver la actitud de dolor de aquel noble criado, que había dedicado toda su vida al servicio de tan especial señor y tenía que asistir al fatal desenlace que les separaba para siempre.

—¿Por qué tiene la mano vendada? preguntó extrañado el doctor.

—El me lo ordenó. Tenía manías muy raras.

Al despedirse se cruzaron las frases de condolencia corrientes y al ir a descender las escaleras, advirtió:

—Volveré mañana a fumar el certificado de defunción.

—No me apartaré de su lado ni un instante...—contestó el atribulado criado.

Poco tardó en quedarse completamente solo en la habitación del muerto, el viejo criado Laing, y las sombras de la noche que todo lo matizan con su misteriosa oscuridad, formaron fúnebre cortejo de compañía, a aquellos dos seres que toda la vida habían vivido juntos.

Laing se mostraba intranquilo. Después de diversas tentativas suyas para alejar de su imaginación la idea que le acosaba, al fin, no pudo reprimirse más y se dirigió a la puerta, asegurándose de que estaba bien cerrada. Revisó los postigos de las ventanas, descorrió las cortinas y volviendo continuamente la cabeza, como temeroso todavía de que alguien

pudiera ver lo que iba a hacer, se dirigió al lugar donde se hallaba el cadáver.

Al llegar al pie del lecho en que reposaba el cadáver de Mr. Morant, se arrodilló, juntó las manos y se dispuso a rezar.

Así estuvo durante un largo rato, hasta que murmurando las últimas palabras de una oración, se alzó del suelo temblando y casi sin mirar, cogió la mano que antes envendara a petición del profesor.

Retuvo entre las suyas, la mano del muerto, hasta que se decidió a la profanación... Pasaron unos minutos... todavía quedaban algunas dudas y temores... pero al fin venció la idea que le inducía a quebrantar la promesa hecha a su dueño.

Con un afilado cortaplumas, hizo un corte en las telas que envolvían la mano y por el agujero producido, extrajo el misterioso anillo, que rápidamente escondió en uno de sus bolsillos.

Después hizo la señal de la cruz y salió de la habitación.

EL RARO ENTIERRO DE MR. MORLANT

Contadas fueron las personas que tuvieron entrada en la cámara mortuoria donde yacía el cuerpo del célebre y extraño egiptólogo Mr. Morlant.

El viejo criado Laing había cumplido con todo detalle las instrucciones que le hiciera en vida su dueño.

Por indicación del doctor y después del último reconocimiento para comprobar la certitud de la muerte del profesor, se había despedido a la enfermera que había ayudado a Laing, en la pesada tarea de cuidar al enfermo.

El único que se había resistido a abandonar su sitio era el administrador Broughton.

Sus causas fundadas alguna, Laing no sentía simpatía por Broughton y

éste, por lógico reflejo, procuraba en lo posible no tener que rozar nunca con el criado, pero en ciertos momentos no tenía otro remedio que doblegarse ante la necesidad, porque nadie conocía como Laing, todos los detalles y antiguas interioridades de la casa Morlant.

Después de la muerte del profesor, habían sostenido una pequeña conversación, que tuvo sus comienzos en la misma habitación del muerto, en presencia de la enfermera y del doctor. Algo más tarde, la misma mañana del entierro, en ocasión de hallarse solo en la biblioteca, Broughton empezó a mirar y revolver papeles de la mesa en que solía trabajar el egiptólogo.

Por fin, de una preciosa caja de

pulimentada madera, sacó unos pequeños dietarios.

Continuó su búsqueda, entre los montones de papeles que sobre el escritorio había, hasta dar con el talonario de cheques que utilizaba el profesor.

Una cínica sonrisa apareció en sus labios. Sin duda había conseguido hallar los documentos que tan afanosamente buscara.

Hojó lentamente el talonario y por fin se detuvo ante una hoja que le hizo exclamar sin darse casi cuenta:

—En 22 de septiembre del 33, dió un talón de 75.000 libras esterlinas. Hay que ver inmediatamente en su diario, para qué pago importante sirvió este talón.

Acudió de nuevo a los dietarios, y pronto dió con la fecha deseada.

—22 de Septiembre... ¡La Luz Eterna es mía al fin! Bien, ya he dado con la famosa joya que tanto trabajo le costó a Mr. Morlant obtener... Ahora veremos, si yo, un pobre administrador, podré, con solo pasar un momento de miedo, poseer esa valiosa piedra, que constituye por sí sola una verdadera fortuna, para el virtuoso mortal que la logre tener.

La llegada de Laing en aquel momento indujo al administrador a aventurarse a preguntar:

—Tu amo poseía una joya de gran precio... ¿Dónde la guardaba?

—No sé nada—respondió Laing.

—Te aconsejo que andes con cuidado...

Era la primera vez que Broughton se permitía hacerle una advertencia al viejo sirviente, ya que en vida de Mr. Morlant, jamás se hubiera atrevido a ello. Demasiado sabía él que tarde o temprano, Laing sin grandes esfuerzos, se hubiera vengado con creces.

Pero ahora Broughton se creía más dueño de sus actos que antes e intentó imponerse.

No tardó en darse cuenta que andaba equivocado. La respuesta, llena de una suave pero intencionada ironía, no se hizo esperar.

—Siempre lo hago... soy cojo.

No pasó la discusión más allá, pero fué el suficiente aviso para el ladino administrador, de que el criado sabía cómo debía conducirse.

El entierro del extravagante investigador fué un digno remate a su extraña vida. Cuatro individuos, seleccionados previamente, llevaron en hombros el sarcófago hasta el Panteón.

Un negro paño, con adornos en rojizo color, representando dibujos y caracteres egipcios, cubría totalmente el ataúd.

Tal como ordenara Mr. Morlant, el

sepelio se efectuó cuando los postreiros rayos del astro rey iluminaron la tierra. La hora gris, esa hora tan triste, que parece recordarnos que todo en el mundo tiene al fin su merecido eterno descanso, presenció el cortejo, que formaban aquellos hombres que guiados por el viejo Laing, llevaban a su extraña espultura, a uno de los más fanáticos creyentes de los antiguos dioses.

Solo restaban por cumplir las últimas disposiciones.

Proveer de petróleo suficiente para que ardiesen durante dos semanas, las lámparas del panteón y cerrar la gruesa puerta del mausoleo.

Tenía dicha puerta proporciones grandiosas y lo verdaderamente digno de hacer resaltar era el grueso de la misma. Hasta el más profundo en estudios egipcios podía observar la exacta semejanza con las construcciones similares que se han ido descubriendo, del tiempo de los Faraones.

Mientras Laing se dirigía a llenar de petróleo las lámparas, el aprovechado Broughton entró en el recinto del panteón, y rápido, aunque con un marcado sentimiento de miedo y repulsión inevitable, se dirigió al ataúd donde reposaba el cuerpo exánime de Mr. Morlant y levantando la tapa, extrajo la mano vendada, en la que suponía que encontraría la

«Luz Eterna», según los viejos ritos de la Diosa Anubis.

Una sorpresa desagradable le esperaba. Alguien se le había adelantado. Las vendas de la mano presentaban señales inequívocas de que el cadáver había sido profanado y la joya-talismán robada.

Pero no había tiempo que perder. Era necesario dejar todo en la misma forma en que lo había encontrado y salir de allí cuanto antes.

Así lo hizo.

Ya era hora, porque Laing ya regresaba de cumplir su cometido.

Al empujar la enorme mole de la puerta, para cerrar la abertura de entrada, el administrador Broughton le advirtió que se dejaba la llave en la parte interior.

—Otra de sus rarezas!—exclamó Laing, sin aclarar el verdadero motivo.

Juntos regresaron a la casa. Durante largo rato no se cruzaron ni una sola palabra.

Laing llevaba todavía en la mano la antorcha encendida que le había servido para prender fuego a las lámparas de dentro del panteón.

Tenía su figura algo que imponía, pero a pesar de su tétrico aspecto, su rostro reflejaba una sincera pena, debida sin duda a no haber podido cumplir totalmente lo dispuesto por su estimado dueño.

En cambio, Mr. Broughton, con su amabilidad exquisita y ceremoniosa manera de hablar, solo conseguía predisponer el ánimo en contra suya. Sus pequeños y vivos ojos, de un gris plomo, brillaban con esa llacrita inconfundible de la pilería y la inobediencia.

Cuatro personas había ya que se interesaban por la posesión de «Luz Eterna». No les importaba la forma y los medios a que se tuviera que recurrir para lograr el fin deseado.

Primero, el vendedor de pieles y alfombras; después, el egipcio Aga Ben Dragore; más tarde, el fiel criado Laing, y por último, el administrador Mr. Broughton.

Claro que cada uno de ellos, aspiraba a la posesión de la joya sagrada, para muy diferentes fines y guiados por deseos completamente opuestos.

En el vendedor de pieles, solo existía la supersticiosa creencia de su secta, al verse privado de su máspreciado amuleto, le haría pagar muy cara su desidia, en el caso de que él no consiguiese rescatar el ansiado anillo. Por otra parte, ferviente creyente, lo que más temía, es caer en desgracia de su Dios, que podía privarle del eterno descanso y hacer que su alma deambulase por los espacios, por los siglos de los siglos.

Aga Ben Dragore, aunque de la

misma religión que el difunto egipólogo y el vendedor de pieles, solo esperaba poder cobrar, por segunda vez, otra fuerte cantidad, como la que logró del fanático Mr. Morlant.

Existía también, naturalmente, una parte de miedo a la venganza que sobre él hicieran recaer los sacerdotes de la secta de Anubis.

En cuanto al administrador, era solamente un vulgar estafador, que no contento con lo mucho que había conseguido lucrarse durante los años que llevaba al servicio del profesor, viendo la posibilidad de escamotearles a los herederos de aquél, la costosa joya, se disponía a cometer las felonías que fuesen necesarias para satisfacer su deseo.

Solamente el criado Laing parecía como un caso desconcertante. Su vida había sido un continuo y desinteresado sacrificio en favor de su amo.

Una infinidad de veces se le habían presentado ocasiones de lucrarse, con absoluta impunidad, y jamás ni un solo céntimo faltó al extraño Mr. Morlant, a pesar de su patente desidia.

Broughton, desde que había descubierto que el anillo no estaba ya en la mano vendada del muerto, había empezado a desconfiar de Laing.

En cuanto se despidió del viejo criado, salió de casa y se dirigió ha-

cía donde tenía su auto que le aguardaba.

Se encaró con el chofer y le indicó:

—Davis: quédate aquí y vigila al cojo.

—No es mi oficio...

—Es que sospecho que ha robado un objeto de gran valor. Si le vieras salir de casa, telefóname inmediatamente.

..

Dentro de la casa, mientras tanto, Laing acudió al salón donde estaba instalada la biblioteca y de uno de los armarios escogió un grueso tomo:

Era un anuario de direcciones.

No tardó mucho en detener la vista ante un nombre. En un pequeño trozo de papel, escribió rápidamente:

«Miss Betty Harlow.

Calle Brandford, 52».

Sin precipitaciones, volvió a dejarlo todo en la misma forma, en que estaba antes de su llegada.

Después de recorrer la solitaria y triste mansión, se dirigió a las habitaciones del servicio, que estaban emplazadas en la parte posterior del edificio.

Como casi todas las edificaciones inglesas, de categoría parecida, la cocina y dependencias anexas, quedaban casi independientes del resto del edificio y disponían de una salida reservada a los criados.

Era la cocina, una habitación de amplias dimensiones. Tenía una escalera que comunicaba con la puerta del servicio y unas ventanas que daban al jardín, protegidas con fuertes barrotes de hierro.

Laing, después de asegurarse de que nadie podía verle, se dispuso a desmontar el tacón de su zapato especial de cojo.

Dentro de él, en ingenioso escondrijo, llevaba oculta la piedra preciosa. Con gran cuidado la examinó y tras de recomponer la trampa de su zapato, se levantó, con su característico tanquear, para buscar un nuevo escondite.

Rebuscando entre los botes para guardar café, azúcar, etc., que había en las estanterías, pronto se decidió por esconderla en el fondo de la lata reservada para el café.

Vació el contenido y depositó en el interior del recipiente, el codiciado anillo, recubriéndolo después con el polvillo del café molido.

Al colocar de nuevo el bote en su primitivo lugar, se dio cuenta que en la pared se reflejaba la sombra de alguien que andaba merodeando

por el jardín, y presa de súbito espanto, se dispuso a abandonar aquel sitio, cuanto antes.

La llegada de un recadero facilitó casualmente su propósito.

—Diez chelines si me lleva a la estación—le prometió Laing al recién llegado.

—Aceptado. Justamente me viene de paso.

Sin reprimir en absoluto, su des-

concierto, el viejo criado montó en el vehículo de reparto, de aquel casual salvador, y juntos se alejaron hacia la estación cercana.

La huida de Laing no había pasado desapercibida al chofer de Broughton, y pronto sería buscado, se ocultase donde se ocultase.

Pero, ¿por qué huyó Laing y dejaba abandonado el valioso anillo, motivo de tantas luchas y ambiciones?

DOS HEREDEROS

—Está usted estropeando mi alfombra, Mr. Morlant—advirtió Mister Broughton, en tono de chanza, dirigiéndose a un elegante y apocato joven que se hallaba ante su mesa de despacho.

—Es que tengo los nervios de punta.

La escena se desarrollaba en la casa particular del administrador, quien en cumplimiento de los requisitos legales, había llamado a su despacho al heredero directo del fallecido profesor.

La actitud del joven Morlant demostraba muy claramente, que no estaba del todo conforme con la extraña forma que tenía de llevar los asuntos, el administrador de los bienes de su difunto tío.

—Mi prima y yo, como únicos herederos directos del profesor, debíamos haber sido avisados.

—Sus últimas disposiciones no lo consintieron...—exclamó Broughton, intentando disculparse ante los ojos del joven heredero—. Yo creo que murió loco.

—Debiéramos haber ido al entierro.

—Tengo oído que no se hablaban ustedes—se atrevió a insinuar, buscando una posible justificación, que lo hiciera recobrar el buen prestigio perdido.

—En los entierros no es necesario hablar—contestó malhumorado Ralph Morlant, a quien resultaba sumamente difícil variar en su recto criterio formado.

Las embrolladas cuentas presentadas por Broughton no debieron satisfacer en lo más mínimo a Ralph, que sin poderse contener, dijo:

—Nuestro tío poseía una gran fortuna y usted nos dice que con dificultades se podrá liquidar las pequeñas deudas, contraídas por él, durante su penosa enfermedad, que ustedes también nos habían ocultado siempre.

—Sí, en verdad, casi puede asegurarse que ha muerto pobre. Sólo puedo decirle que hace poco tiempo entregó un talón de 75,000 libras...

—¿Para qué?—preguntó extrañado Ralph.

—Lo ignoro.

—Bonita manera de llevar sus asuntos. Yo creo que lo mejor sería que avise cuanto antes a mi prima—aconsejó cuerdamente el simpático muchacho.

—Como no la conozco, le he escrito que irá a verla esta tarde—anunció el administrador, que comprendía toda la lógica razón que asistía al nuevo dueño de los bienes de la antigua casa Morlant.

La llamada del teléfono vino a interrumpir la interesante conversación. Aprovechó la oportunidad Broughton para zafarse de las indagaciones de Ralph y contestó al requerimiento telefónico, diciendo:

—Espera un segundo, tengo visita... pero ya se va.

Y sin aguardar el consentimiento del joven, le alargó la mano, con ceremoniosa inclinación de cabeza, dando por terminada la entrevista.

En cuanto salió de la habitación, Ralph Morlant volvió a coger la auricular, y ansiosamente preguntó:

—¿Qué hay, Davis? Tienes alguna noticia nueva que comunicarme? ¿Qué pasa?

Seguramente las noticias que le dio su chofer no fueron todo lo agradables que él esperaba, pero bastaron para que sin perder minuto se calara el sombrero y abrigado con un grueso abrigo, se lanzara a la calle.

No era muy agradable, en verdad, el caminar por las calles, aquel atardecer. Una espesa niebla lo cubría todo y a pocos pasos de distancia, los objetos y las personas se hacían difíciles de distinguir.

En uno de los barrios opuestos de la ciudad, y cerca de una de las estaciones del metro, volvimos a encontrar a Laing.

—¿Para ir a la calle de Blanford? La pregunta iba dirigida a un poli-

cía alto y fuerte, que cuidaba del tránsito, regulando el paso de los autos, que debido a la neblina, avanzaban con dificultad.

—Al llegar a la Iglesia, tuerza a la derecha—le indicó el polizonte, que con el brazo extendido, hacía señal de parada a unos coches que se acercaban.

Con las indicaciones del guardia no le fué difícil al criado, dar con la casa que buscaba. En ella vivía, junto a su buena amiga Kaney, la heredera de Mr. Morlant, la bella y bondadosa Miss Betty Harlow, prima de Ralph Morlant y partícipe en la posesión del legado.

—¡Hola, Kaney!—exclamó Miss Betty, al ver aparecer por la puerta a su amiga—. El tío Enrique ha hecho algo bueno al fin.

Al ver la cara de sorpresa que ponía Kaney, aclaró:

—Ha fallecido.

—¡Qué pena!—fué la exclamación que brotó de los labios de la muchacha, que en el fondo era una de esas infelices, incapaces de hacer daño a nadie, pero que se dejan influir por el último que les habla.

—Me escribe su abogado.

—¡Qué alegría!—dijo cambiando totalmente de expresión—. ¿Era muy rico, verdad?... A lo mejor, te ha dejado un fortunón.

—¡Vaya regalo que te haría!—le

prometió la atractiva Betty, haciéndole un pícaro guiño—. Dice que le telefonee si podré recibirle a las seis.

—Pues corre, muchacha—le indicó la alocada Kaney—. No pierdas una herencia por no gastarte treinta céntimos.

Tiempo justo para empolvase y salió corriendo en busca del más cercano teléfono público, desde donde comunicar con el administrador Broughton.

A poco de salir del portal de su casa, se tropezó con alguien, que apostado en el quicio de una entrada cercana, se le acercó diciéndole:

—¿Es usted Miss Harlow?

—Sí, señor.

Sin esperar respuesta alguna, el desconocido, que no era otro que el viejo Laing, le entregó una nota y desapareció tan misteriosamente, como había llegado hasta ella.

Betty sorprendida, se detuvo debajo del farol, para leer el papel que acababan de entregarle.

La luz incierta y velada por la niebla, dificultaba la lectura.

Mas, algo vino a complicar lo misterioso de la entrega. Un nuevo personaje se presentó, saliendo de las sombras, y de una manera brutal, le arrancó el escrito y un pequeño bolso que entresabierto, llevaba en la mis-

ma mano, y en el cual se disponía a guardar el menaje.

Durante unos momentos quedó medio atontada por la brusquedad del atraco y natural sorpresa producida.

Pero Betty Harlow no era muchacha de las que necesitase demasiado tiempo para rehacerse y demandar auxilio. Al primer transeunte que pasó por allí cerca, se le dirigió, diciéndole:

—Me han atracado y me han quitado el bolso.

—¡Pero si es Betty Harlow!—exclamó el requerido individuo.

La suerte protegía, apesar de todo, a la animosa joven, ya que se hallaba ante su primo Ralph Morlant, que sonriente y amable, le preguntaba:

—¿Puedo ayudarte en algo?

—¡A buena hora!—le contestó Betty, medio ofendida—. Ya no te necesito.

—¡Iba a tu casa... Cuestión de intereses—le comunicó Ralph, sin darle importancia a la cara de serio enfado que le ofrecía su adorable prima.

Por divergencias de las dos familias, aquellos dos simpáticos jóvenes no se trataban, pero siempre que la casualidad los unía, no podían reprimir una involuntaria atracción, que disimulaban bajo la máscara de un fingido enfado.

—Si me lo permites, te acompañaré a tu casa—propuso Ralph.

Ante la tática conformidad de Betty, ambos herederos se dirigieron al domicilio de ella.

Al llegar a la casa, ya les esperaba en la puerta, la curiosa Kaney, quien equivocadamente supuso que Ralph Morlant era el administrador, y le saludó:

—Querido Sr. Broughton!

—Es mi primo Ralph Morlant— aclaró Betty. Pero Kaney no se dio por vencida. Ella quería saludar al elegante joven y rectificó inmediatamente:

—¡Querido Sr. Morlant!

—¡No das una!...—exclamó Betty riendo, sin poderse contener—. Estamos reñidos.

—Nuestras familias no se hablan desde cierto día de inocentes, por una broma del tío Enrique—indicó Ralph, que deseaba entablar conversación para lograr desvirtuar el enfado que fingía Miss Harlow.

—¿Y el señor Broughton?—inquirió Kaney, deseara de saber algo de la herencia.

—No le he podido telefonar, porque casi me estrangulan. Se me acercó un viejo y me dió un papel. Y en menos tiempo del que tardo en contarlo, vino otro por detrás y se lo llevó—contó, ya más calmada, Betty.

—¿Qué decía el papel?—preguntó muy interesado el joven Ralph.

—«Joya gran valor está en peligro. ¡Corra!»—contestó Betty.

Como si las últimas palabras de su prima le hubieran hecho ver claro, Morlant se dispuso a marcharse, al mismo tiempo que decía:

—Y Broughton tenía el cinismo de ocultármelo!

Al ver las dos muchachas que el recién llegado se marchaba, sin ni tan siquiera explicar el motivo de la visita, le preguntaron a coro:

—¿Qué pasa?

—¿A dónde vas?—puntualizó Betty, más autorizada y esperando retenerle.

—A casa del tío Enrique. Me parece que tengo allí mucho que hacer.

—Yo también tengo derecho a ir—le contestó la joven, que comenzaba a interesarle el vivo carácter de Ralph.

Kaney se dio cuenta que la contestación de Betty significaba que se iría con su primo, y cómicamente espantada, le preguntó:

—¿Vas a ir sola con un joven con quien estás reñida?

—Peor sería que fuésemos amigos—contestó en broma el simpático Ralph.

—Si te acompañara, al menos, una amiga...—indicó Kaney.

—Dilo claro: lo que tú quieres es venir con nosotros.

—¿Y si yo me opusiera?—advirtió el joven.

—Íríamos solas.

La respuesta decidida de Betty, le convenció de que no conseguiría su deseo, de que no se expusiera a los disgustos que, probablemente, le reportaría su visita a la casa señorial de los Morlant.

—Es inútil contradecirte. ¡Daros prisa!—acabó diciendo.

Nules Bartollan

..

En una de las calles cercanas a la casa de Betty, y ocultándose a la indiscreta mirada de los transeúntes, que en muy cecaso número, transitaban por allí, en aquella intempestiva hora, caminaba deprisa el individuo que arrancara momentos antes de las manos de Miss Harlow, el billete que, como advertencia de futuras desgracias, le entregara el viejo criado Laing.

Grande hubiera sido la sorpresa de Miss Harlow, si por fortuna, le hubiera sido posible reconocer la personalidad del atracador.

No era otro, que el llamado administrador Broughton, que por indica-

ción telefónica de su chofer, había seguido los pasos del viejo criado Laing.

Con el afán de conocer el contenido de la breve nota que entregara a Miss Harlow, no se había detenido ni ante el temor de un posible escándalo.

Nada le parecía demasiado audaz, con tal de lograr la posesión de la «Luz Eterna», y naturalmente, no por su especial condición de amuleto de la religión pagana de la diosa Anubis, sino por el elevado precio que sabía se podía lograr con su venta.

Al conocer ya la indicación que contenía el escrito de Laing, se decidió a regresar cuanto antes a la mansión de Mr. Morlant, para evitar que se pudieran personar allí los herederos durante su ausencia, y les fuera posible indagar o conocer algún detalle que les puniera sobre aviso de su infidelidad.

Además, tampoco tenía confianza alguna en Laing. No podía explicarse la extraña actitud del sirviente. Pues él solo existía una cosa digna de te-

nerse en cuenta: el inmenso valor de «Luz Eterna».

Ante sus temores tomó un taxi y se hizo conducir directamente a la casa del profesor.

Pero apesar de sus precauciones, alguien se había aprovechado de su ausencia.

Frente al panteón donde se hallaba enterrado el profesor Morlant, unas manos desconocidas habían hecho una perforación en la parte baja de la pesada mole de piedra que servía de puerta.

Con sumo cuidado habían colocado un pequeño cartucho de dinamita. Una vez introducido en el agujero previamente hecho, se disponían a prenderle fuego a la mecha, cuando los potentes faros del auto que conducía a Broughton, obligaron al desconocido personaje, a desistir de su intento, ante el temor de ser descubierto.

Precipitadamente tuvo que disimular el orificio con un puñado de tierra, abandonando su malévol propósito.

UNA ALIANZA SINCERA

Un poco desorientados andaban Betty y su amiga Kanoy, que acompañadas por Ralph, se disponían juntos a tomar posesión de la propiedad de su tío.

—Buscamos la casa del profesor Morlant—indicó el joven, a un pastor protestante que montado en una bicicleta, pasaba junto a ellos y en la misma dirección que ellos seguían con su coche.

—A ella me dijo yo: está aquí cerca—contestó el interpelado.

—¿Conoce usted a mi tío Enrique?—se atrevió a preguntar Betty, en su afán de informarse de cuantos detalles le fueran posible.

—No llegué a tratarle, pero tengo entendido que tenía unas ideas muy especiales con respecto a la religión.

Era el mismo sacerdote, que tanto insistió a Laing, en penetrar en la casa momentos antes de la muerte del profesor.

Parecía un individuo muy campechano y locuaz. De rostro agradable y mirada viva, no debía haber cumplido todavía los cuarenta años y conservaba una postura que le hacía aparentar bastantes más.

—Mi nombre es Harley, de la Vicaría próxima—indicó el sacerdote.

Ya habían llegado frente a la casa de Mr. Morlant, cuando Ralph se disponía a hacer las presentaciones de rigor, pero Betty, que deseaba cuanto antes poder conocer la mansión de su extraño tío, le suplicó:

—Ya nos presentará cuando estemos dentro, porque estoy helada.

Llamaron a la puerta y como tardaran en acudir al requerimiento, Betty, perdida ya un poco su aparente valentía, exclamó:

—Ya me arrepiento de haber venido.

Una nueva llamada. Y después de breve espera, debida a que Broughton ordenaba sus revueltos papeles, la puerta se entreabrió para dar paso a los recién llegados.

Pero el rostro poco agradable del administrador, digno complemento del triste aspecto que ofrecía la solitaria y sombría casa, detuvieron algo los animosos arreos de nuestros simpáticos amigos.

—Vamos, que hacen ahí parados como estatuas, decídanse a pasar de una vez—fué el saludo poco amable que les hizo Broughton a su llegada.

Un poco cohibidos, se dejaron guiar por el administrador, que les dijo:

—Iremos a la biblioteca.

Una vez instalados en la vasta sala de la biblioteca, Kaney se dirigió a Ralph, para rogarle que la presentara al administrador, mientras éste, entablaba conversación con la gentil Betty.

—Esperé que me llamaría usted por teléfono, tal como le suplicaba en mi carta, pero...—le dijo amablemente Broughton, que esperaba captarse la simpatía de la heredera.

—Es que me ocurrió un percance... —empezó a contar la joven, pero se vió interrumpida por la voz varonil y fuerte de Ralph, que para evitar que Betty enterara al administrador, lo sucedido, acudía al subterfugio de presentar a la infeliz de Kaney.

—Sr. Broughton, tengo el gusto de presentarle a Miss Kaney, amiga íntima de Miss Harlow, quien tiene muchas ganas de poder conversar con usted.

..

Un nuevo coche se había detenido ante los jardines de la casa. En su interior dos hombres de estrinos rostros, hablaban en voz baja.

—Quédate en el coche—dijo el más joven.

—¡No! Te vigilaré mejor escondido entre los arbustos del jardín.

Descendieron los dos del coche. Uno de ellos era Ara Ben Dragore, el otro, el fingido vendedor de pieles.

Cada uno se dirigió a un sitio diferente.

Mientras Dragore se acercaba a la puerta de entrada de la casa, el vendedor egipcio, se ocultó entre el follaje tupido de las plantas de un

parterre desde donde podía vigilar todo cuanto se hiciera en la próxima casa.

Aga Ben Dragore llamó a la puerta.

—¿No va nadie a abrir?—preguntó Ralph, al notar que no acudían a atender al desconocido visitante.

—Está usted en su casa—le contestó muy irónicamente, Broughton.

Molesto por la incorrecta contestación del administrador, y para no alarmar a las dos muchachas, él mismo fué a abrir la puerta.

—Perdonen si importuno... Fué íntimo amigo del muerto—anunció Aga.

—Pase... Vamos a tener un lleno—fué la respuesta de Ralph.

Todos, sin excepción alguna, sentían un respetuoso temor, al cobijarse bajo aquellos techos, en que había vivido el raro profesor. De todos los rincones, en todas partes, parecía que todavía se notaba la presencia del fanático creyente.

Los objetos más insignificantes, tenían allí un algo misterioso y sorprendente. Hasta el suave tic-tac del reloj, parecía recordar que en cualquier momento podía aparecer el fantasma vengador del egiptólogo.

—Con todo respeto, protesto de la forma en que se ha hecho el entierro—decía el sacerdote, en el momento en que entraba en el salón Dragore.

—El Sr. Vicario tiene razón—apoyó Betty.

—No discutan niñerías... Lo único cierto es que los muertos no vuelven—terció, con irreverente comentario Broughton.

Viendo que el tema de conversación era siempre alrededor de la persona que a él más le interesaba, Dragore procuró intervenir, dándose a conocer a sí mismo:

—Me llamo Aga Ben Dragore.

—¿Es usted egipcio?—le preguntó interesada Kaney.

—No, señorita, árabe.

—¡Qué interesante!—suspiró Kaney.

—Durante una de mis largas estancias en Egipto, trabé amistad con el sabio profesor Morlant. Allí y por mediación mía, ingresó en la secta religiosa en que yo milito.

Las últimas palabras las subrayó con una actitud de religioso recogimiento y acabó diciendo:

—Creo un deber orar ante su tumba.

El buen Vicario parecía dispuesto a no dejar escapar ocasión en la que pudiese testimoniar su acrisolada intransigencia.

—¡Protesto de nuevo!—gritó, dirigiéndose a Ralph, que era el único que parecía dedicarse a inspeccionar la manera de comportarse de todos.

Kaney, que se había dejado pren-

der en el atractivo del pícaro Dragore, salió en su defensa, diciendo con tono mimoso:

—¡Pobrecillo, déjenle ese consuelo! ¿Por qué no puede?...

—Porque eso es paganismo,—repuso escandalizado el pastor.

Pero Aga Ben Dragore, había visto que tenía una buena aliada, en la tonta de Kaney, y con voz cariñosa, continuó diciendo:

—No somos paganos... Usted no lo ignora, señorita...

—Kaney — concluyó, sumamente complacida ella—. ¡Seamos justos con el Sr. Dragore!—exclamó hablando con el Vicario. Pero éste, no parecía dispuesto a transigir ni un ápice.

—Los ritos de esa secta son una serie de supersticiones escandalosas. ¿Crear que la estatua de Anubis, moverá la mano?...

—Pero, ¿qué más dá?—intervino apaciguando el joven Morlant.

Viendo que las cosas no iban muy favorablemente para él, Dragore optó por continuar buscando la ayuda de Kaney, quien por su parte se hallaba encantada, de las preferencias que de parte del árabe, era objeto.

—Olviden todo lo que he dicho... Me retiro contristado.

—Es un hermoso rasgo...—le alabó Kaney.

—Su simpatía es el mejor pre-

mio—le contestó Dragore, que veía claramente que Kaney podía ser el elemento que necesitaba él para sus planes.

—¿Aceptaría de mi mano una taza de café?

—Es nuestra bebida favorita. Nada hay comparable a una buena taza de café.

En el otro extremo de la amplia sala, se habían juntado los dos primos y al notar que Kaney y Dragore, se disponían a marcharse hacia las dependencias del servicio, no pudieron reprimirse y medio en broma, exclamaron:

—¡Vaya rapidez! ¡Ya no le suelta!

—Celebraré que así sea—fué la respuesta de Ralph.

Las emociones recibidas habían socavado la natural serenidad de la joven. Sentía vivos deseos de que alguien más fuerte que ella, la protegiera, estrechándola muy fuerte entre sus brazos.

—Vamos a encender alguna chimenea—dijo Betty—. Esta casa parece talmente una novera.

Agachados los dos ante el hogar de la gran chimenea que decoraba la habitación, empezó un suave idilio que tenía su fuerza más poderosa, en la misma sencillez en que había nacido.

—No hay corriente de aire—dijo



El doctor que le cuidaba solícitamente...



La presencia de aquel intruso y desconocido visitante...



Después del último reconocimiento para comprobar la verididad de la muerte del profesor...



Lainy llevaba todavía en la mano la antorcha encendida.



La espantosa silueta
del «Resucitado» se
destacaba detrás de
ella.



- Si me faltase la
ofrenda, el día de
mi resurrección,
saldré de mi
sepultura para
castigarle.



Intentaba subir la
escalera que le se-
paraba de su codi-
ciado amulero.





- Debemos aclarar
este misterio que
parece rodearnos.
Ten confianza
en mí...



Preparando unas
tazas de café,
siguiendo las cos-
tumbres árabes.



El Resultado...



...hasta si he liezada,
para cumplir mi pro-
miso. ¡Apídate
de mí!



Laing, con su ron-
quear, fue motivo
de espanto para
todos.



Nigel Hartley, el
pastor protes-
tante

para disimular, el simpático Ralph, que al ver tan cerca de él, a la preciosa muchachita, sintió latir aceleradamente su corazón.

—Será el único sitio de la casa... —respondió Betty, pero inmediatamente continuó:

—Ralph... Creo que exageras tu mal genio... Sé más sincero—le pidió con mohín de cariños coquetaría.

—No me hagas caso—se excusó el muchacho, defendiéndose en el último baluarte. No podía mirar frente a frente, por miedo de que sus ojos hablaran más que en boca, y traicioneros, le delataran.

—Nos enseñaron a odiarnos desde chicos... —continuó Betty, que no quería perder aquella pasión que adivinaba, escondida en el fondo del pecho noble y franco del simpático Ralph.

—Yo no te odio—replicó rápido Moriant, que de ninguna forma podía admitir que ella creyese que en su corazón aguardaba para Betty, otro sentimiento, que aquella desconocida sensación, de embriagadora felicidad, que él sentía al lado de la bella muchacha.

—Pues lo imitas muy bien—se quejó Betty.

—Veo que no eres nada lista. El corazón me dice que los dos—le susurró suavemente, estrechándola contra su pecho, tal como ella anhelaba—tenemos los mismos enemigos. ¡Unámonos!—le suplicó con amoroso acento.

—Desde ahora mismo. ¿Amigos para siempre?—preguntó Betty, con una deliciosa sonrisa que la hacía aparecer más atractiva todavía, a los enamorados ojos de Ralph.

INQUIETUDES Y SOBRESALTOS

La noche prometía ser pródiga en acontecimientos. Todos los moradores de la casa sentían estremecimientos de terror, al solo pensamiento de que aquella noche se cumpliría el plazo que anunciara para su resurrección el extraño profesor Morlant.

Nadie quería dar crédito a las ilógicas predicciones del difunto, pero apesar de negarse a darle veracidad a las supercherías de la Diosa Anubis, ni uno de ellos, podía asegurar no haberse parado a escuchar cualquier insignificante ruido o sentir temores ante una imaginaria sombra que se proyectase sobre uno de los muros.

Cada uno de ellos había buscado la manera de pasar lo mejor posible la noche.

Realmente el inmenso caserón, tan solitario y triste, predisponía al insomnio, y más si les acudía a la mente el espantoso recuerdo de la promesa de resurrección y venganza, que anunció el profesor antes de la muerte.

El administrador, se entretenía recopilando datos y comprobantes, para su justificación ante los herederos. Difícil debía ser la tarea, pues se dedicaba a ella, poniendo toda su atención.

Sólo de cuando en cuando, levantaba la vista del trabajo, para echar una hojenda a los cristales de las ventanas cercanas.

Parecía que estuviera esperando la llegada de algo desconocido.

Tan poco agradable era su rostro,

que al reflejarse en la superficie de uno de los espejos del salón, creyó que se trataba de otra persona que se hallaba escondida acechándole y se espantó sin poderlo remediar.

Al darse cuenta de su equivocación, no pudo por menos, que reírse de sí mismo.

Por su imaginación pasaron en veloz tropel, los crueles días de su vida transcurridos al lado del viejo Mr. Morlant, dueño absoluto y tirano. Sus luchas y sus trampas por obtener inconfesables beneficios, a costa de su descuidado amo. El recuerdo de aquellos últimos tiempos, durante los cuales, mientras el profesor se encontraba postrado en el lecho, vencido por su misteriosa y larga enfermedad, él se había ido preparando para el ansiado momento en que dejara de existir Mr. Morlant.

Y por fin, su desconfianza hacia aquellas complicadas pócmas y mefujes que se hacía preparar el egiptólogo y a las cuales bien podía atribuirse el trágico final, por él tan deseado.

Ese momento había llegado, pero el administrador, sin saber por qué causa, empezaba a sentirse intranquilo y si le hubiera sido posible huir y abandonar sus posibles beneficios en aquel complicado asunto, no hay duda, que ya se encontraría muy lejos de aquel lugar.

Las parejas procuraban distraerse del mejor modo a su alcance. El amor siempre ha podido servir de positivo calmante a las penas y los dolores.

Betty y Ralph eran en realidad el verdadero emblema del triunfo de la juventud y del optimismo. Su cariño les hacía sentirse más fuertes y audaces. Prueba de ello eran las palabras llenas de entusiasmo y cariño que pronunciaba Betty, dirigiéndose a su estimado Ralph.

—Juntos creo que podremos vencer cuantas dificultades nos surjan al paso y no dudo, ni un momento, que tú sabrás luchar por mí, con valentía sin igual.

Ralph, escuchaba embelesado, las palabras de su linda primita, y apoyado en el respaldo del amplio sofá donde descansaba el delicado cuerpo de Betty, se sentía héroe de mil aventuras y vencedor triunfante de todas.

—Bien sabes tú, adorada Betty, que sólo deseo que todo se solucione favorablemente y sin complicaciones, para evitarte a ti cualquier percance que pudiese sobrevenirte. Yo siempre he sido amigo de los peligros y las emociones, pero ahora me vuelvo precavido, por temor a que pueda sucederte algo malo.

El sacerdote debía haberse retirado a descansar o a rezar sus oraciones.

Siempre la conciencia tranquila fué el mejor medio de obtener el más satisfactorio descanso. Seguramente, Mr. Hartley podía vanagloriarse de ello.

La otra pareja, se hallaba en la cocina disponiéndose a llevar a cabo un complicado trabajo... Unas tazas de café, pero siguiendo las fórmulas que indicaba Aga Ben Dragore, a la atolondrada Kaney.

Este, solamente buscaba en la compañía de la amigueta de Betty, la fácil excusa para su inexplicable permanencia dentro de la casa.

Su interés principal en quedarse allí, se estribaba en su deseo de poder obtener detalles sobre «Luz Eterna», que suponía en poder del difunto profesor, o en su defecto, en manos de alguno de los herederos o moradores de la casa.

—Según tengo entendido, en su país, es donde se toma el más puro y fuerte café—comentó Kaney, que no cejaba en su propósito de captarse la simpatía de Dragore.

—Efectivamente, y hasta tenemos algunas supersticiones relacionadas con el riquísimo néctar, que, según nuestras viejas tradiciones debe tomarse hecho por manos amigas solamente.

El otro compañero de Dragore, no lo pasaba tan bien.

Tenía que aguardarse fuera, a la

intemperie, rondando por los senderos del jardín. La noche fría no convidaba ciertamente a estacionarse bajo la luz de la luna, cuya faz plateada, surgía entre los negros nubarrones que cubrían el cielo, pero tampoco podía abandonar su puesto de observación ante el temor de que Dragore, a quien ya conocía por sus anteriores trapisondas, se apropiara del anillo sagrado, escapándose de su alcance, antes de que él pudiera obligarle a entregárselo.

Sólo faltaba, pues, el incomprendible Laing, que desde su encuentro con Miss Harlow, había desaparecido.

Su regreso produjo un susto más que regular a la impresionable Kaney. Departaban amigablemente ella y Dragore, preparando el café, cuando por la puerta del servicio entró el viejo Laing.

La inesperada presencia de un extraño, les causó el consabido espanto, aumentado por la actitud agresiva que mostraba el viejo criado.

—Por favor, sálveme...—gritó Kaney, refugiándose en los brazos de Aga Ben Dragore, que tampoco las tenía todas consigo.

—¿Quién es usted? ¿Se puede saber qué viene hacer aquí, en estas horas tan intempestivas?—preguntó Aga.

Sin ni tan siquiera dignarse con-

testarles, se dirigió rápido a la mesa donde tenían preparados los utensilios para hacer el café y después de buscar con la vista la lata donde antes él había escondido la joya, dícese cuenta que el bote estaba en manos de la espantada muchacha.

Arrancó violentamente el recipiente que retenía contra sí Kaney y antes de que Dragore pudiera desprenderse de la muchacha y aprestarse a su defensa, Laing ya había extraído el anillo disimuladamente del interior y después de haber dado tres o cuatro pasos hacia la puerta que comunicaba con las demás habitaciones de la casa, volvió atrás para dejar otra vez sobre la mesa el bote de café.

Sin haberse dado cuenta de la sustracción llevada a cabo por el criado, Dragore y Kaney, creyeron hallarse ante un loco. Sólo así tenía explicación una actitud tan extravagante como la del pobre viejo.

Intranquila ya, Kaney no quiso estar ni un minuto más en aquel lugar, rogó a Ben Dragore que la acompañara de nuevo al salón, don-

de habían estado antes, y apoyándose en su brazo, se dispuso a continuar su conquista.

Laing empezaba a definir su actitud. Su deseo de poseer el anillo tenía un noble y desinteresado fin: poderlo entregar a su nueva y verdadera dueña, Miss Betty Harlow. Nada quería para él, pero repugnaba a su conciencia dejar que una joya de tan gran valor, se perdiera sin beneficio para nadie, o lo que es peor, aprovechándose de ello, el primer desaprensivo que tuviera noticia que dentro de aquel sarcófago se hallaba la famosísima piedra de la «Luz Eterna».

Después de su precipitada salida del cuarto donde se encontraba Kaney y Agra Ben Dragore, preparando el complicado café árabe, que bajo las instrucciones de éste estaban haciendo, el viejo criado fué en busca de Miss Betty, pero al llegar al «hall» se encontró a su paso la pequeña maleta de Miss Harlow y para lograr mejor su deseo, la entreabrió y dejó en su interior, entre la ropa que allí se guardaba, el anillo que acababa de rescatar.

EL RESUCITADO

La hermosa luna llena que iluminaba con su pálida luz los misterios de aquella noche de resurrección, quedó oculta por unos momentos, tras las nubes. Dentro del panteón donde había sido depositado el sarcófago que encerraba el cadáver de Mr. Morlant, no había otra luz que la de unas lámparas que pendían del techo.

Era el panteón una amplia sala, cuya construcción recordaba la de las tumbas faraónicas. Al igual que éstas, había en las paredes grabadas inscripciones y alegorías, haciendo referencia a la religión de la Diosa Anubis.

«La Diosa que abre los caminos» estaba representada por una gigantesca estatua, situada en un extremo

de la estancia, y frente a ella, en una especie de tarima, habían depositado el ataúd, verdadero portento artístico, por su tallado y el perfecto colorido que lo decoraba.

La tapa del sarcófago, representaba en esculturado relieve, una figura que tenía la representación del profesor en el ritual de la Secta a que pertenecía Mr. Morlant en vida.

Un pequeño ruido rompió una monotonía que se había apoderado del panteón. La tapa del ataúd se alzó levemente. El maravilloso acontecimiento hubiera hecho morir de terror a la pobre Kaney, si se hubiera hallado presente.

Poco a poco, la tapa fué cediendo y al fin, una mano salió de la caja, para buscar el apoyo de la tarima,

La emoción del momento era de una intensidad indescriptible. La pluma no acertaría a dar suficientes detalles y ni podría captar en su descripción todo el horrible pavor que producía aquella escena tan imponente, que casi privaba la respiración.

Al caer totalmente abierta la tapa, apareció el cuerpo de Mr. Morlant, que intentaba levantarse de dentro del ataúd. Sus esfuerzos se vieron coronados por el éxito y la más espantosa de las visiones hizo su aparición.

No intentaremos describirla, con detalles que sólo podrían hacer esta narración repulsiva, pero intentaremos contagiar a nuestro lector, ese innegable respeto que todos tenemos a lo que viene de ultratumba.

No sabemos quién fué, que dijo con sutil ironía: El respeto en las personas mayores, es... el miedo en los niños, así es que, nuestro mayor triunfo fuera lograr que por unos instantes el escalofrío de la inquietud os molestara con su fría sacudida.

Tambaleándose, como un beodo, pudo ponerse en pie el profesor Morlant. Su primera atención fué dedicada a su mano vendada... ¡Oh, cruel fatalidad, el vendaje se mostraba perforado y vacío su interior.

Si horrible era su rostro antes de su muerte, mucho peor aparecía ahora, en su fantástico revivir, pero to-

do era insignificante ante la expresión de dolorosa desesperación y terrible desvarío, que demostró el egipólogo ante su defraudado deseo.

¿Cómo calmaría las iras de la Diosa Anubis? ¿Cómo podría lograr su eterno descanso si no poseía su preciado tesoro?

El más implacable odio nació en su pecho hacia el culpable de su terrible desgracia. Castigaría inexorable a todos los que habían dificultado su eterno descanso y muy pronto notarían el peso de su justicia implacable.

Su caminar era incierto y vacilante, pero había tal decisión en su ser y tal furia en su alma, que seguramente le daban fuerzas para ir avanzando, con las piernas muy abiertas y los brazos extendidos como buscando el máximo apoyo.

Al llegar a la puerta, tuvo otra vez un momento de horrible duda, que rápidamente se disipó, al ver la llave en la parte interior, según él había encargado al fiel criado. Dió dos vueltas a la llave y empujó la mole de piedra, que lentamente fué cediendo, hasta dejar paso a la brisa de la noche que llegaba del cercano jardín.

Alguien había de ser la primera víctima y le tocó el turno al enviado de los sacerdotes de los falsos cultos

de Anubis, que rondaba en aquellos momentos por allí cerca.

La llegada del profesor le cogió por sorpresa. Toda su atención estaba concentrada en la vigilancia de Aga Ben Dragore y su permanencia en el interior de la casa.

Fué una lucha desigual y rápida. Ni tan siquiera llegó a poderse defender el egipcio, del ataque imprevisto.

«El Resucitado», como le llamaremos de ahora en adelante, llegó hasta él, casi sin producir ruido, con ese silencioso deslizar de las cosas no existentes.

Sus largos brazos se extendieron hasta casi tocar la cabeza del pobre paria que obsesionado con su cometido no se dio cuenta de nada, hasta que los potentes dedos de «El Resucitado», cual poderosos tentáculos aprisionaron su garganta, aprisionándola despiadadamente.

Unos esfuerzos infructuosos por librarse de las manos, que le atenazaban ahogándole. Después un roncoco quejido, el estertor que anunciaba el fin de una vida, primera víctima de esta historia de fanatismos y ambiciones.

—Tú, que conocías el poder bienhechor de nuestro amuleto «Luz Eterna», eras, tal vez, el más terrible enemigo, porque ansiabas lograr, como yo, la satisfacción de la diosa

Anubis.—dijo «El Resucitado», como último responso al falso vendedor de alfombras, que inerte reposaba en el suelo.

Después de cumplir su terrible venganza, continuó su marcha hacia la casa, pero no dirigiéndose a la puerta principal, sino dando un pequeño rodeo y acercándose por la parte de la entrada del servicio.

..

El viejo Laing, después de haber colocado en la maleta de Miss Harlow la misteriosa joya, se quedó algo más calmado. Le parecía que así estaba ya más tranquila su conciencia, atormentada por no haber cumplido la orden del moribundo.

Se había reclinado en la cocina, donde habían estado Aga y Keney.

Por una de las ventanas que daban allí, apareció la horripilante máscara de «El Resucitado», cuyos ojos, al ver al culpable de sus infortunios, centellearon de rabia, y el deforme corte que substituía a la boca se dobló en un doloroso rictus.

Con los puños golpeó los cristales hasta que salieron hechos añicos. A pesar de que los trozos se le cla-

varon en la carne y la sangre brotó oscura y espesa de los cortes, él continuó como si fuera insensible al dolor. Pero todavía los separa un obstáculo: los barrotes de hierro de las rejas del ventanal.

Laing, al ruido producido por la rotura de los cristales, se dió cuenta de la presencia de «El Resucitado», y el pavor le paralizó los movimientos. Estaba aterrado, con la mirada fija en la figura del aparecido y las manos agarradas a la mesa y con las uñas clavadas en la madera.

Sus ojos, inyectados en sangre, seguían los movimientos de Mr. Morlent, que cogido a los barrotes de hierro intentaba, en un esfuerzo último y definitivo, separarlos, hasta que dejaran paso a su cuerpo. Pronto lo consiguió, y ya era tiempo justo, porque Laing, algo más repuesto, se disponía a huir.

En mitad del camino a recorrer, antes de llegar a la empinada escalera que servía de comunicación con las otras dependencias de la casa, fue alcanzado por «El Resucitado». Inútil resistencia podía oponer a la extraordinaria fuerza de que parecía disponer aquel fantástico ser.

Laing, en manos de la aparición de su dueño, zarandeado de un lado a otro, maltrecho, convertido en un indefensa pelele, parecía un ratón que hubiese caído en las garras de

un fiero gato, que jugueteaba con él seguro de lograr después, en el instante que se le antojara, la rápida muerte de su infimo amigo.

Más que el dolor físico que podían producir las manos de «El Resucitado» sobre el magullado cuerpo del aterrorizado sirviente, lo que tenía inmóvil y privado de todo instinto de lógica rebeldía y necesaria defensa, era el hallarse ante aquel fantasma o quimérica realidad, que le demostraba la resurrección de Mr. Morlent, justamente al aparecer en el cielo la luna llena, tal como él le tenía indicado.

Casi a rastras, «El Resucitado» se llevó tras él al espantado criado, que encomendaba su alma a Dios, seguro de estar a pocos pasos de la muerte.

—Petro traidor, vas a pagar muy cara tu felonía. Pero antes tienes que decirme dónde está «Lux Eterna»—le anunció el aparecido.

—Perdón, señor—exclamó Laing, con voz apesada.

—No puede haber perdón para los que, como tú, faltan a la promesa hecha a un moribundo. No sabes aún cuanto daño me has causado, privándome de mi amuleto.

El solo recuerdo de su desdicha transformó de nuevo en terrible arrebatado de furia su aparente calma momentánea, y otra vez los dedos lar-

gos y crispados del aparecido buscaron la garganta de su nueva víctima.

Con los ojos desorbitadamente abiertos, casi asfixiado por la presión de las manos de «El Resucitado», se debatía el pobre viejo, intentando en vano escapar con vida. Pero con sus sacudidas sólo consiguió que, al excitar al monstruo, su esfuerzo fuera más rápido y muy pronto sintió que las fuerzas le abandonaban...

—¿Dirás o no, maldito, dónde has metido el anillo?—rugió, loco de ira, Mr. Morlant.

Unos segundos más y tal vez hubiera sido tarde. Las manos, al aflojar algo, dejaron paso a un poco de aire. Y, sin darse casi cuenta de lo que decía, por ese instinto innato en todo ser humano de la propia conservación, musitó muy quedo:

—No lo tengo yo...

—¿Quién lo tiene?—preguntó, lleno de ansiedad, el aparecido.

De nuevo Laing quiso intentar huir de las manos de su dueño, pero no pudo lograr su objeto. Desenojado de acabar con aquel suplicio, aunque fuera a costa de su propia vida, el viejo criado le apostrofó diciendo:

—Sí, yo mismo se lo quité de la mano, rajando los vendajes, para poder entregárselo después a su verdadera dueña, Miss Harlow, quien lo tiene ya... ahora...

Las últimas palabras casi fueron

imperceptibles. «El Resucitado» quiso cerrar para siempre aquella boca que le reprochaba su extraño proceder.

Pero en lo alto de la escalera, junto a la puerta de entrada a la habitación, alguien presenciaba la escena, sobrecogido por el terror.

Mudo, absorto ante lo que él consideraba una visión del otro mundo, el aprovechado administrador Broughton miraba cómo el resucitado Mr. Morlant acababa de ahogar entre sus manos al desgraciado Laing.

Broughton había acudido allí en busca del criado, con el ánimo de amarlo y procurar consolarle todo cuanto, relacionado con la famosa joya, supiese él, y, si no se presentaba mal la entrevista, hasta tal vez hubiese llegado a proponerle una alianza beneficiosa para ambos.

Siguiendo los impulsos de su mismo miedo, retrocedió hasta desaparecer por la misma puerta que acababa de entrar.

Al separarse las manos de «El Resucitado» de alrededor del cuello de Laing, su cuerpo privado de fuerzas se desplomó contra el suelo y allí quedó, mientras Morlant se dirigía hacia la escalera y con su vacilante paso ascendía uno a uno los escalones, y al mismo tiempo que iba subiendo penosamente, como ha-

blando consigo mismo, iba diciendo:

—Uno tras otro irán cayendo todos los que se interpongan ante mí destino, ¡oh diosa Anubis, la de la más severa justicia!, y muy pronto podré acudir a tu presencia para que juzgues...

—Presiento que algo terrible caerá sobre mi cabeza... ¡Haz que tu poderosa ayuda, representado por «Luz Eterna», me dé ocasión de vencer a mis enemigos!

..

Metty y Ralph, la pareja que parecía haber logrado hallar la ansiada felicidad tan buscada por todos, se habían separado unos momentos para volverse a encontrar seguidamente.

La joven tenía mil pequeños planes para el futuro, que quería proponer a Ralph, el cual demostraba tener muy acertado criterio en sus deducciones. Su alegre conversación casi había conseguido alejar de la mente de ambos enamorados la causa principal de su presencia en aquella casa y la suma importancia que los sucesos que en ella habían acaecido o podían suceder en ade-

lante tenían para ellos, sobre todo con la extraña forma en que había muerto su común tío.

—Nadie podrá hacernos creer que de la inmensa fortuna que tenía tío Enrique no quede nada, y que tal como nos comunica ese sinvergüenza de Broughton nos tengamos que ver en la precisión de desprendernos de la casa solar de nuestros antepasados para pagar las deudas, que dice contrajo con él antes de morir.

Efectivamente, la lógica indicación de Ralph tenía un fondo de verdad que ni él mismo podía pensar. Broughton había enredado todos los papeles y cuentas para conseguir apoderarse de una buena parte de la seneada fortuna que todavía quedaba a Mr. Morlant, aun después de pagados todos cuantos gastos inútiles habían hecho siguiendo las estrafalarias indicaciones del difunto.

Y al decir «difunto», nosotros mismos no sabemos desprendernos de un cierto malestar iraprimible. Porque, en realidad, ¿era o no un difunto? Ya le hemos visto «resucitar» y en sus manos criminales había muerto el pobre egipcio y quedado medio abogado y sin sentido su fiel y noble criado.

Si impaciente, como tú, tal vez, querido lector, te reveláramos la explicación a tan extraordinarios sucesos, sin antes acabarte de narrar

todos los demás que continuaron sucediendo aquella memorable noche de luna llena, no nos lo agradecerías, y por nuestra parte creeríamos que no habíamos cumplido con nuestro deber, ya que a nosotros sólo llegó la aclaración del misterio bastante tiempo después del hecho.

Te rogamos, pues, que sigas adelante en la lectura, si te has interesado por conocer el triste fin del profesor Morlani y su fatídico amuleto, y continúa escuchando el diálogo sostenido entre una probable pareja feliz.

—No pienses más en eso y recuerda que gracias a este desgraciado suceso nos ha sido posible hacer las paces y crear este cariño que ha de ser la base de nuestra próxima y eterna felicidad—dijo, en tono mimoso, Betty.

—Bien, como tú quieras, mi dulce muñequita—contestó Ralph, condescendiente—, pero ten presente que quiero aclarar convenientemente, con el administrador y ese misterioso criado que toda la vida ha vivido junto a tío Enrique, varias cosas que veo muy confusas y serían datos necesarios para el esclarecimiento completo de nuestro difícil problema.

—Confío en ti como si ya hiciera una eternidad que estuviéramos unidos...—continuó ella.

—En esta endiablada casa pasa aire por todas partes. ¿Por qué no vas a ponerte algo que te abrigue? Aunque sólo sea un «surtitero» fino, que no te molestará nada.

—Yo también hace rato que noto algo de frío, pero por no dejarte y tener que subir a las habitaciones en busca de mi maleta—respondió la joven.

—Ve y vuelve a bajar en seguida, que te esperaré aquí mismo—le indicó su enamorada galán.



Después de su precipitada marcha de la cocina, donde se encontraban preparando el café Kaney y Dragore, habían ido a recogerse en el «hall», pero él, deseoso de poder hablar con su compañero, se había buscado la excusa de que quería dar una inspección por los alrededores del jardín para ver si podía encontrar al loco que les había asustado tanto.

Ella, que creía haber encontrado ya la pareja ideal, fué a despedirle desde detrás de los cristales del ventanal que daba sobre el jardín y le decía adiós con la mano, a pesar de

saber que no era una despedida, ya que Dragore sólo había salido a—según decía él—castigar al osado que les interrumpió su coloquio.

—No tarde, señor Dragore—le recomendó Kaney—, que mientras usted esté ausente sufrí por si le sucediese algo desagradable.

Mirando hacia el jardín y procurando descubrir entre las sombras la silueta de Aga Ben Dragore, la muchacha no se dió cuenta que alguien andaba en dirección a ella por el solitario «halla».

«El Resucitado», después de su última gesta, había llegado al pie de la escalera principal de la casa, y por donde podía subirse a los dormitorios y demás habitaciones, pero en lugar de dirigir sus pasos al piso superior, su curiosidad le guió hacia el lugar donde se encontraba la joven Kaney, esperando el regreso del que ella llamaba ya, para sí, «su bien amado».

Y, tal vez, algo terrible hubiera sucedido de no haber cambiado de idea el aparecido, porque al principio sus pensamientos y sus miradas iban dirigidas a Kaney, pero después de llegar muy cerca de ella, hasta casi rozarle con las manos la cabeza, se volvió lentamente sin hacer ni el más pequeño ruido, por el mismo camino que había llegado, a la puerta del fondo y la cerró tras él.

El ruido que produjo la puerta al cerrarse llenó de espanto a Kaney, que salió corriendo, sumamente trastornada, hacia el jardín en busca de su adorado Romeo.

Casi al mismo tiempo, en el despacho particular de Broughton se desarrollaba una escena un tanto violenta entre él y el simpático Ralph, heredero indiscutible de los bienes de Mr. Morlant, en partes iguales con Moss Harlow. Pero por suerte, debido a los nacientes amores entre los dos, cabía esperar que el patrimonio no habría necesidad de partirlo.

Verdadero arsenal de botellas y frascos llenaban la mesa, ante la cual Broughton se preparaba un fuerte cock-tail, y su rostro pálido demostraba que algo había sucedido al vivo administrador.

—¡Qué horrible aparición! ¡Qué rostro más imponente! Era algo que parecía mejor una pesadilla o el personaje fantástico de un cuento de hadas y monstruos—exclamó, mientras iba midiendo cucharadas de este frasco y de aquel de más allá, para después verterlo todo en un solo frasco y pasarlo después a la coctelería para después trasegarlo varias veces de un recipiente a otro, tomárselo como una medicina, de un solo trago y sin respirar.

—No me extraña que vea usted

fantasmas—dijo riendo el joven Mr. Morlant.

—Puede usted tomarlo como guste, pero tenga la absoluta certeza de que yo he visto a su tío de usted cuando intentaba ahogar a su criado Laing, que, algo más repuesto del susto, podía explicarse mejor en el primer momento de su llegada de los sótanos.

Ralph, criado en un ambiente en que las supersticiones y sectarismos no tienen ya crédito alguno, no podía admitir las aseveraciones que hacía el administrador, que por primera vez en su vida contaba la verdad, solamente la verdad y nada más que la verdad, según la famosa forma jurídica.

Broughton había encontrado a Ralph, cuando huyendo en franca carrera acababa de ver al aparecido en la lucha sostenida con el viejo Laing.

Naturalmente, su cara tan pálida y sus asustados ojos le llamaron la atención a Ralph, quien había preguntado con cierto retintín zumbón y burla:

—¿A quién ha visto usted?

—Acabo de ver a Mr. Morlant, que ha resucitado y quería extrangular entre sus manos al infeliz criado que le cuidó hasta su último momento—contestó Broughton.

Salió un momento para ver si había bajado su adorada Betty, pero al volver a entrar en el despacho y encontrársela convertido en un pequeño mostrador de «barman», repleto de toda clase de licores y alcoholes, desde el más corriente al más exótico, no pudo reprimirse y les espetó una pequeña puya, sobre su criterio particular del motivo que le hacía ver fantasmas y apariciones.

Esta vez se equivocaba el valiente Ralph, porque, tal como ya hemos descrito anteriormente, en efecto, Mr. Morlant había aparecido y su presencia llenaba de justo y lógico pavor a todos cuantos lo habían visto.

No sólo era su presencia de nuevo en el mundo de los vivos que él había dejado para entrar en el otro, del que no ha vuelto nadie... era su físico tan profundamente repulsivo y horriblemente pavoroso, era su mirar sin vida, era su boca hedionda y repugnante, era su caminar de fantasma, su voz cascada y malsonante, era, en fin... «El Resucitado...» que rompiendo los viejos moldes de toda una eternidad, volvía a vergarse de una insignificante y justificada infidelidad...

Su aparente incredulidad se desahizó pronto, y Ralph se dispuso a saber por él mismo que había de verdad en toda aquella siniestra

creencia de que su tío debía resucitar aquella noche, porque era la de luna llena y se cumplía el plazo otorgado por los dioses de su secta para redimirse de los pecados de este mundo.

..

En las habitaciones particulares de Miss Harlow, ésta se disponía a sacar de dentro de su maletín de mano algo con que abrigarse.

Dió un vistazo a la habitación y quedó admirada del severo lujo de que sabía rodearse su tío. Unos espléndidos muebles decoraban el amplio cuarto. En uno de los ángulos, una preciosa coqueta, con un gran espejo que reflejaba claramente la linda carita de suave y sonrosada tez de Betty, que ante él se arreglaba brevemente, empolbándose un poco.

En el centro de la habitación y sobre una pequeña mesita había dejado Betty la maleta que contenía su ropa. En medio de ella, y sin saberlo la muchacha, había escondido, según recordaremos, el anillo de la «Luz Eterna», que le había colocado allí el viejo criado Laing, antes de su encuentro con «El Resucitado».

El chirriar de la puerta, al abrir, hizo que se volviera a ver quien estaba en sus habitaciones sin pedir permiso. La sangre se le heló en las venas. El fantasma de su tío, o, mejor dicho, la más atormentada imagen de ser humano que pueda ser descrito, avanzaba hacia ella con los brazos extendidos, en una actitud que lo mismo podía ser sollozante súplica que amenazadora orden.

Ella había bastantes años que no visitaba ya a su tío, pero recordaba su fisonomía, de antes y después de aquel viaje famoso, a la vuelta del cual su rostro se había transformado en la más horrible de las máscaras. Pero ahora era diferente, había en todo él un notorio aspecto de fantasma de espectro.

Su presencia, además del justo miedo que podía producir por su calidad de aparición, era también una visión única tal vez por su espantosa fealdad.

Eran muchas las causas que inducían a la más lógica repulsión y se acrecentaron durante aquella corta estancia dentro del sarcófago, con detalles que no contaremos a nuestro dilector lector para evitarle el mal efecto que seguramente le causarían.

De todas formas, para dar un margen de realidad a la descripción de

este episodio, no podemos suprimir totalmente estas descripciones, que sólo reflejan una insignificante parte de la realidad.

Betty no pudo resistir más, y la emoción la venció. «El Resucitado» llegó junto a ella, sin pronunciar ni una palabra, avanzando lentamente...

Sus ojos los notaba que le estaban mirando. Era una sensación extrañísima, tan especial que le parecía sentir la molestia que le producía su mirada dentro del cuerpo. Le resbalaba sobre la piel, provocándole un estremecimiento, como si le rozara algo pegajoso y repulsivo.

La persona más animosa del mundo no hubiera resistido aquella prueba de terrible sufrimiento y angustia, digna de figurar en la lista de los tormentos del famoso inquisidor Torquemada.

Notar la proximidad de un peligro inminente y no poderlo detener ni evitar, antes bien, ver que continúa ganándonos terreno, venciéndonos contra todos nuestros esfuerzos y no conseguir desaparecer de la tierra como por medio de encantamiento.

Ese era el doloroso y difícil trance en que se veía nuestra simpática heroína, la bella Miss Betty Harlow.

Al fin cesó el suplicio. Pronto todo habría terminado para ella en el mundo. El horrible monstruo de ven-

ganza, en holocausto a su diosa, habría inmolado una nueva víctima.

Con la cabeza colgando hacia atrás, perdido el sentido, Betty desfalleció en el mismo momento en que su tío, continuando su peregrinación tras el anillo desendo, trataba de añadir una desgracia más a las que ya había hecho.

El desmayo de Betty sólo sirvió para que el maletín que sujetaba ello con la mano cayera abierto por el suelo, desparramándose todo lo que había dentro, y rodara también, fulgurante, «Luz Eterna»...

Sin el percance fortuito, «El Resucitado» no hubiera abandonado tan pronto su presa, pero al descubrir el anillo en el suelo, de un empujón se desprendió del cuerpo de la indefensa muchacha, y con una veneración de idólatra hincó la rodilla en tierra, recogiendo la joya para, después de besarla con fanática devoción, dejarla unos instantes en la palma de su mano, para admirarla mejor.

—Al fin te vuelvo a poseer—musitó con religioso acatamiento—. Nada me impedirá que cumpla mi sagrado rito.

Miss Harlow seguía desmayada, inmóvil en el suelo, igual que había quedado al caer, lanzada por el ímpetu de «El Resucitado». Su rubia cabellera le caía en rizada catarata

de oro purísimo sobre el bello rostro, que la palidez hacía más interesante y le daba un parecido a la transparencia del nácar y la porcelana.

Convulsivamente cerró la mano Mr. Morlant, y sin acordarse ya para nada de aquella desgraciada criatura, que privada de conocimiento reposaba sobre las losas del pavimento, se alzó, y con su desconcertante avanzar de iluminado se dispuso a abandonar la habitación.



Aga Ben Dragore, al salir del jardín buscó inútilmente a su compañero.

—Algo le debe haber sucedido para que me deje salir de la casa sin venir tras de mí a saber si ya he conseguido obtener nuestro amuleto... Pero, no, tal vez me haya tendido una celada para comprobar si mi desco es huir, y entonces se me presentará para hacerme cumplir mi promesa. Mejor será que aguarde a saber con más seguridad que es lo que buscaba ese misterioso criado, y por qué me vigilaba... iba pensando.

Después de varias vueltas por las veredas del jardín, se dirigió hacia la parte donde se hallaba situado el pabellón donde se elevaba el Panteón egipcio en el que había sido enterrado el profesor, y al llegar frente a su puerta pudo ver la gruesa mole que servía de cierre se encontraba entreabierta.

Sin necesidad de entrar en el recinto de la tumba, vió que el sarcófago estaba vacío. Había que poner inmediatamente remedio a aquel impensado entorpecimiento. El no creía que hubiera resucitado Mr. Morlant, pero alguien, enterado tal vez del inmenso valor de «Luz Eterna», seguramente se había propuesto jugarle una mala pasada, anticipándosele en su idea de posesión del amuleto.

Con la idea de avisar cuanto antes a Mr. Broughton y todos los demás interesados, se encaminó hacia la casa, y casi en la misma puerta de su entrada se encontró a Kaney, que muy excitada, y atropelladamente, le decía:

—He visto al muerto... he visto a Mr. Morlant... no cesaba de repetir.

—No se ponga usted así, no hay para asustarse tanto... Acaso sea una alucinación que ha sufrido usted debido a estar hasta tan tarde en verlo.

—La puerta de la biblioteca se

abrió y corrió sola—sclaró al fin Kaney, ya que en verdad, aunque había pasado muy cerca de ella, no podía decir que hubiera visto al Resucitado.

—No chille—aconsejó Dragore—. Todos estamos aquí para ayudarla.

—Esa voz varonil me infunde valor—dijo la joven, apoyando su cabeza sobre el pecho del árabe.

La pobre Kaney, con sus sensiblerías y su pesada asiduidad, empezaba a hacersele insoportable. Dragore intentó separarse de ella, con la excusa de ver si por allí cerca rondaba el viejo criado Laing. Pero, de pronto, en una de las ventanas del primer piso de la casa, apareció la silueta del profesor, que se dibujaba a través de la cortina, como una sombra recortada.

Era el Resucitado, que se encontraba en la habitación de Miss Betty, mientras ella, desvanecida, continuaba sin sentido, en el suelo del cuarto.

El viejo profesor Morlant había causado mucho respeto en vida, pero no podía ni siquiera compararse con las inquietudes y desasosiegos que desde su extraña muerte venía produciendo en el ánimo de todos los que le rodeaban.

Por eso Aga Ben Dragore, casi automáticamente al ver dibujarse la sombra en la cortina, llevó su mano

al bolsillo posterior del pantalón en busca de su fiel compañera, la pistola automática.

Empuñó el revólver, con la intención de que en cuanto volviera a pasar la sombra por el marco iluminado de la ventana, disparar sobre ella, porque sin darse cuenta, y a pesar de su cinismo y desvergüenza, empezaba a sentir un inconfesable sentimiento de miedo.

Pasaron dos o tres minutos y la luz de aquella habitación se apagó, impidiendo que Aga llevara a término su cometido.

—¡Adoro a los hombres valientes!—le dijo Kaney, cautivada por su gesto.

—Pues yo estoy muerto de miedo—replicó Aga, harto de aguantar sus tonterías.

—¿Usted, que ha matado tantos leopardos?—preguntó extrañada y sorprendida la infeliz muchacha, que no sabía comprender el desafecto de su admirado Aga.

Era tan difícil para Kaney darse cuenta de que el árabe sólo buscaba en ella un pretexto para facilitarle sus planes, que estaba siempre pendiente de los menores deseos de él.

Así es que no es de extrañar que a los desplantes y chascos recibidos de su admirado, no les diera importancia alguna y continuara buscándole por todas partes.

—¿No podría estar callada un ratito?—le interrogó malhumorado Dragore, que no sabía ya cómo acabar con la inoportuna compañía de Kanczy.

—Es que a su lado me siento inspirada—fue la inocente respuesta de Kanczy.

Sólo por un sistema podía desprenderse de su admiradora, y Aga Ben Dragore, ante la idea que se le había ocurrido, no dudó ni un segundo en ponerla en práctica inmediatamente.

—¿Está dispuesta a obedecerme?—le volvió a preguntar Dragore con un fingido interés, que estaba muy lejos de sentir.

—¡En todo y por todo!—exclamó llena de entusiasmo la muchacha.

Para darle más valor a sus palabras, Dragore sabía que era un sis-

tema inmejorable estrechar entre sus brazos, durante unos instantes, a la joven, que ya esperaba una declaración amorosa en toda regla, pero sólo escuchó:

—Cierre los ojos y calle durante diez segundos—le suplicó Dragore, haciéndole creer que pronto sus labios recibirían la caricia de un apasionado beso.

Algo tardaba en llegar, pero todo lo bueno se hace esperar, pensaba Kanczy, deseara de calmar algo su propia impaciencia. Pero después de una breve espera, y viendo que a su alrededor sólo reinaba el silencio y la quietud más absoluta, se decidió a abrir los ojos y... ¡oh, cruel sorpresa!, el adorable Aga se había esfumado, dejándola sola en medio del jardín... Mejor dicho, sola no, porque la acompañaba un gran miedo...

EL PANTEON DE LA DIOSA ANUBIS

Recobrado el sentido, Betty se encontró en el suelo de su habitación, rodeada de un desbarajuste de piezas de ropa, que, escampadas a su alrededor, le dieron una idea de lo que había sucedido momentos antes y poco a poco el recuerdo de los sucesos fué definiéndose de una manera total en su cerebro, hasta que recordó con todo detalle lo acontecido.

Las marcas amaratasadas de los dedos del resucitado eran una prueba irrefutable de su presencia. El dolor vivo y penetrante que sentía en diversas partes de su cuerpo le confirmaron el bárbaro trato recibido, y tras breve esfuerzo consiguió ponerse en pie de nuevo, para acudir en busca de auxilio.

Algo tardó en reponerse del todo, pero su juvenil entusiasmo y la decidida voluntad de la joven, suplieron de sobras la falta de auxilio y de compaña que en aquel momento tenía que sufrir.

Si por lo menos—pensaba ella—hubiera estado a mi lado Ralph, tal vez no me impresionara tanto esa horrible aparición.

Haciendo acopio de todas sus aristas se dispuso a ir en busca del auxilio y defensa de su amado, que la debía estar aguardando en la planta baja.

Al pie de la escalera del hall se encontró con Ralph, que ya había salido del despacho del administrador, y la aguardaba tal como había acordado.

—¡Le he visto!—le dijo en cuanto se halló ante él.

Tuvo que refugiarse entre los brazos acogedores del joven, ya que el sólo recuerdo de los momentos tan terribles pasados, hizo que trastornada rompiera en sollozos.

—Soniégate, nada tienes que temer estando a mi lado—le animó con cariñoso acento Ralph.

Apoyada en sus brazos la lleva hasta el despacho donde se hallaba Broughton, y después de sentarla en uno de los cómodos sillones que allí tenían, dijo dirigiéndose al administrador:

—Un vaso de agua, ¿tiene la bondad?

La compañía de su amado y unas gotas de calmante que dentro del agua le había echado Broughton, fueron suficiente sedante para sus alterados nervios.

—Ya pasó, no ha sido más que el susto—dijo, con una sonrisa encantadora que la hacía doblemente atractiva.

—¿Se convence usted ahora?—preguntó Broughton, contento de poder demostrar que su nerviosismo de antes era justificado—. Dentro de diez minutos volverá al Panteón para hacer ofrenda a su diosa Anubis.

Efectivamente, en aquellos momentos atravesaba el jardín, después

de haber salido por la puerta del servicio, el resucitado profesor Mortant, el cual, al pasar junto al cadáver del egipcio, se inclinó a reconocerlo y de entre la ropa extrajo un pequeño y afilado puñal, de ancha hoja, que se guardó.

Durante largo tiempo estuvo contemplando el cadáver del egipcio. Seguramente pensaba en el triste fin que había tenido el ferviente servidor de la Secta de la diosa Anubis.

—Siento muchísimo haber tenido que recurrir a medidas tan extremas, para lograr cumplir mis ritos con la diosa Anubis, pero tú, que tenías las mismas creencias que yo, comprenderías la inevitable necesidad de obrar tal como yo he hecho.

Le dedicó varias oraciones, para lograr la salvación de su alma, ya que había muerto buscando el sagrado omblema «Luz Eterna» y no podría presentarse ante el Supremo Jurado para obtener el perdón a sus culpas.

Una vez acabadas sus extrañas plegarias, continuó su marcha hacia el pabellón donde estaba instalado el Panteón, que contenía su sarcófago, las sagradas escrituras de su religión y la imagen ventrada de la diosa.

Todos los incidentes ocurridos aquella noche habían alterado los nervios al simpático Ralph, que veía

algo anómalo y dispuesto a acabarlo de una vez para siempre, se encaró con el administrador Broughton.

—Yo voy a ir al Panteón a convencerme—anunció Ralph, que ya no podía aguantar más su impetuoso carácter, ante tantos misterios y extraordinarias apariciones.

—Yo iré contigo.

—Si no te da miedo...—le advirtió Ralph, intimamente satisfecho de la decisión de su novia.

—Antes creo que sería muy conveniente que avisemos a mi médico—dijo el joven con esa justa apreciación que sabía dar a cada cosa.

Los dos juntos, después de haber telefoneado Ralph al doctor dándole instrucciones detalladas, se dirigieron al jardín, con deseo de poder ver, cuanto antes, qué había de cierto en la increíble resurrección de su difunto tío.

Al llegar cerca del pequeño edificio que formaba el Panteón, los dos se detuvieron sorprendidos, y casi al unísono, exclamaron:

—¡La puerta está abierta!

Significaron avanzando y decididos a todo, entraron por la entornada puerta, hasta poder ver el interior de la tumba.

Lo primero que vieron fué que el sarcófago estaba abierto y la tapa apartada hacia un lado. Los lamparones de petróleo iluminaban muy

pobremente el recinto y con sus vaivenes, al ser mecidos por las ráfagas de aire, dibujaban inquietas sombras en las paredes del panteón.

La estatua de la diosa Anubis continuaba en su mismo sitio, esperando seguramente la ofrenda que tenía que hacerle su creyente adorador.

—Se mueve una sombra allí en el fondo—dijo, en voz baja, Ralph.

—¡Yo no me acerco!—respondió miedosa Betty.

—¿Seguimos?—insistió el joven, apretando contra sí a Betty e infundiéndole ánimos para continuar hasta el fin la peligrosa aventura.

—Adelante.

—Así me gusta—le alabó, al mismo tiempo que descubría que la sombra era nada menos que el propio profesor, Mr. Moriant.

Se hallaba éste arrodillado ante la imagen de la diosa y su rostro expresaba un sufrimiento intenso.

Invocaba con fe, pidiendo perdón para sus culpas. A cada nueva demanda marcaba en su pecho, con la punta del ancho puñal, una raya profunda y larga, que le atravesaba de un lado a otro todo el pecho.

—Yo te imploro clemencia. Tras muchas luchas y vicisitudes hasta ti he llegado para cumplir mi promesa. ¡Apídate de mí!—exclamaba, con desesperación.

A cada nuevo corte, más hondo y

potente, la figura arrodillada del resucitado se estremecía y amenazaba derrumbarse en cualquier momento, y parecía imposible que sangrando de aquella manera y con tantas heridas, hubiera ser humano que le fuera posible resistir ni un segundo más sin caer sin vida...

Pero algo sobrenatural parecía darle fuerzas para aguantar. Por varias veces no tuvo otro remedio que a pesar de sus rebeldías y esfuerzos, dejarse vencer por el agotamiento y postrarse medio tumbado a los pies de la estatua de Anubis.

Con las manos entrelazadas, imploraba perdón para sus culpas. Las lágrimas anegaban sus ojos y sus balbucientes frases pidiendo clemencia para su atormentado espíritu, llegaban a conmover el corazón más duro.

—Voy notando que las tinieblas de la eternidad me van rodeando, la luz huye de mí y mi corazón parece querer detenerse en su marcha... ¡Dame fuerzas, para llegar a cumplir mi sacrificio ante ti, oh, diosa del descanso eterno!...—rogó, con voz sollozante, al mismo tiempo que depositaba en la extendida diestra del ídolo la ofrenda prometida.

—En tu mano tienes la «Luz Eterna» que abre las puertas de la eternidad. Si es que perdonas mis peca-

dos, ciérrala y mi alma podrá volar libre, por los siglos de los siglos...—suplicó, mirando a la diosa.

La mano no se movió. Pasaron unos segundos y un leve movimiento hizo elevarse pausadamente los dedos hasta que encerraron contra la palma de la mano la valiosa joya.

La alegría trastornó del todo al «Resucitado», el cual intentó levantarse para besar la mano de la estatua, pero no llegó a poder lograr su anhelo, porque, como herido por invisible rayo, tuvo que llevarse las manos al costado. Le faltaba el aire, las fuerzas se le agotaban y pronto rodó por el suelo, víctima de su propio sacrificio.

Abrazados uno contra el otro, Betty y Ralph habían asistido a la extraña escena desde su principio. Pasados los primeros momentos de sorpresa, acudieron a comprobar de cerca la extraordinaria muerte de «un muerto».

—¡Qué noche tan horrible!—exclamó aterrada Betty.

Los dos estaban ante la figura de la diosa, y cuando Ralph se disponía a recoger el anillo que tantos sabores había reportado a todos, ocurrió lo verdaderamente extraordinario. La mano que retenía la joya empezó a retirarse suavemente hacia dentro, por un agujero que que-

daba formado por la muñeca, hasta desaparecer del todo, dejando sólo la abertura del agujero, por donde acababa de esfumarse la mano.

Como explicación al suceso, apareció detrás de la estatua la figura del pastor protestante, que, con su sonriente cara, les saludó atento.

Con su presencia en aquel lugar, aclaraba suficientemente su raro interés demostrado en lograr entrar en la mansión del profesor Morlant, momentos antes de su aparente muerte. No era pastor protestante, ni mucho menos y su único punto de mira era posesionarse, sin grandes trabajos, del anillo.

Era un vividor, que al igual que Aga Ben Dragoro, se había enterado de la existencia de aquel anillo, de un gran valor, por su antigüedad y por la fina calidad de la piedra preciosa que decoraba la especial montura, única en su clase.

Durante mucho tiempo se había dedicado a seguir la pista del amuleto y desde que éste había entrado en poder de Mr. Morlant, el más distinguido egiptólogo de todo Londres, no había hecho otra cosa que dedicarse a buscar una manera por la cual le fuera posible llegar hasta el lugar donde se guardaba «Luz Eterna».

Poco o nada había conseguido en

vida del Profesor, pero una vez muerto, el asunto se presentaba de muy diferente manera.

Y su desmedido afán de poseer la joya sagrada le había llevado hasta el sacrilegio y la profanación de hacer aquel auterfugio que tan excelente resultado le daba.

Descubierta la superchería, Ralph, no podía permitir de ninguna forma, que aquel desaprensivo individuo se llevase la joya que a nadie más que a él y su estimada, pertenecía.

Se separó de Betty, a la cual resguardó detrás de una pilastra y se lanzó como un vendaval, en contra de Nigel Hartley, que no esperaba encontrar a nadie dentro del Panteón y menos que le atacara con tantos bríos.

La lucha fué breve pero cruenta. Eran los dos jóvenes y fuertes, pero Ralph, al fin, impulsó su potente puño, y después de varios golpes rápidos y certeros, el apócrifo sacerdote quedó vencido, y su cuerpo fué a hacer compañía al del desgraciado egiptólogo.

Aunque un poco maltrecho por los topetazos recibidos y con más de un rasguño en la cara y cuerpo, se dirigió Ralph, arreglándose, hacia donde había dejado a su querida Betty.

Con la satisfacción pintada en la

cara, por la victoria obtenida y contento de poder demostrar que había en él, entereza y voluntad, le advirtió afectuosamente:

—Ya te decía yo que debías con-

fiar en mí, y juntos podríamos descubrir estos misterios que por todas partes nos rodeaban.—dijo el joven, quitándose el abrigo para tapar con él el cadáver de su tío.

AMOR.—verdadera «Luz Eterna»

Se disponían ambos a salir de aquel tétrico lugar cuando un nuevo y ya conocido personaje hizo su aparición. Aga Ben Dragore, empuñando su pistola, les apuntaba desde pocos pasos.

—Entrégueme inmediatamente ese pequeño recuerdo de familia. A ustedes no les hará ninguna falta... Pueden perfectamente prescindir de él y yo no—les dijo, con su antipático sonreír de cinica desvergüenza.

—No me equivoqué cuando al verle desconfié de su sinceridad, al hablar de su íntima amistad con mi difunto tío—respondió rabioso Ralph, que se veía impotente ante el nuevo ataque que era objeto.

—Sí, ya comprendo que debe ser muy molesto para un joven apuesto

y gallardo como usted, que un pobre paria como yo, le obligue a claudicar totalmente ante una muchacha tan bonita como Miss Betty... Pero, que le vamos a hacer, ardides del juego son...,—añadió con ese tono guason, que tan mal efecto le hacía a Ralph.

—Se aprovecha usted de la ventaja obtenida, por una traición, pero le prometo que no tardarán mucho en invertirse los papeles... Y, quien reirá el último, será quien reirá mejor,—exclamó Ralph.

—No pierda el tiempo en palabrería inútil, que mis minutos son preciosos y quiero aprovecharlos en algo útil y remunerativo. Además, tenga en cuenta que al menor movimiento que haga usted en contra mía

le destrozaré el cráneo de un tiro— le advirtió Dragore.

Pero la impetuosidad de Ralph le llevó a una audacia que le podía haber costado la vida.

Sin detenerse ante la amenaza de Dragore, intentó, por sorpresa y con rapidez, aprisionar en fuerte abrazo a su enemigo, pero con tan mala suerte que sólo consiguió entablar una desigual lucha, en la que todas las ventajas estaban del lado de Dragore.

Todos los esfuerzos del valiente Ralph iban dirigidos a impedir que el brazo derecho de Aga pudiese moverse con libertad, ya que en dicha mano empuñaba la browning, y sabía positivamente que éste estaba decidido a no utilizarla solo como un argumento de espanto, sino que si la situación le inducía a ello, no dudaría ni un momento en disparar, causando la muerte al osado que se interpusiera en su camino.

Por parte de Dragore existía ciertamente, una decisión inquebrantable de aprovechar aquella ocasión única, que se le había presentado, para apoderarse de una vez y para siempre, del valioso anillo y se daba perfecta cuenta que solo venciendo a Ralph, le sería posible lograr su deseo. Así es, que puso todo su esfuerzo en vencer a su rival, en quien sabía tenía la notoria ventaja de

disponer de una arma de fuego, para poderle vencer, aun luchando en cobarde huida.

La lucha tuvo varias fases, que fueron transformándose en franca ventaja para el egipcio, hasta que en una de las presas de lucha, utilizadas por Ralph, pudo Aga desprenderse de él y alzarse veloz, retrocediendo de espaldas hacia la puerta. Ralph, también se había levantado del suelo, pero tambaleándose, debido a un fuerte golpe recibido durante la pelea y tuvo que apoyarse contra la pared.

Aquel desfallecimiento fué aprovechado por Dragore para apoderarse del amuleto y llegar hasta la entrada. Desde allí, seguro de no fallar su puntería, extendió el brazo para disparar contra el joven Morlant.

Dragore hubiera conseguido su criminal propósito, sin la oportuna intervención de Betty, que exponiendo su vida, corrió hacia él, y con decisión increíble en una muchachita como ella, intentó desviar la trayectoria del disparo.

Solo consiguió que la bala, que iba dirigida al cuerpo de Ralph, y le hubiera podido causar una muerte segura, le hiriera en la frente, sin importancia grave, ya que le produjo únicamente una rozadura, desviándose después la bala en otra dirección.

—¡Estás herido!—gritó desesperada Betty.

—Sólo es una pequeña rozadura—contestó Ralph, algo repuesto.

Aga Ben Dragore, al marcharse, había quitado la llave, que estaba por la parte interior de la puerta, y después de cerrar tras él, había buído en dirección del coche que en las inmediaciones de la casa había dejado al llegar.

Al disponerse a dejar aquel lugar, donde tantas angustias estaban pasando, Ralph, extrañado, preguntó a su compañera:

—¿Dónde está la llave?

—Ese malvado debe habérsela llevado.

Sin querer demostrar su desesperación por el nuevo contratiempo, el joven le quitó importancia al asunto, diciendo:

—Menos mal que he dicho al médico que traiga a la policía.

—Pero no podrán abrirnos—contestó tristemente Betty, a quien no pasaba por alto el gran peligro que tenían de morir asfixiados dentro de aquel sepulcro.

—Ya hallarán algún medio—murmuró Ralph.

Una de las cuerdas que sostenían las lámparas de petróleo, que iluminaban la estancia, se había segado y poco a poco iba rompiéndose, hasta que por fin, debido al peso del

lamparón, se desgarró del todo, cayendo con estrépito, contra el suelo. El petróleo inflamado, se vertió y las llamas empezaron a invadirlo todo. El fuego fué tomando incremento de una manera imponente y muy pronto el humo hizo irrespirable el ambiente y amenazando ahogar a nuestros amigos.

El mismo efecto de la asfixia hizo volver en sí al fingido sacerdote, que casi a rastras llegó hasta cerca de ellos y con sincera desesperación, les dijo:

—¡La puerta! ¡Que las llamas no lleguen a la puerta o todos moriremos!

El incendio tomaba proporciones alarmantes. El aire, cada vez más enrarecido, se hacía irrespirable.

—Vamos a morir asfixiados—dijo desesperado Ralph, que no podía hallar una solución, que les permitiera aguardar el auxilio de su médico y la policía, que no debían tardar en llegar, según sus cálculos.

Las llamas ya habían llegado hasta la puerta y al notarlo Hartley, les gritó a la repareja, lleno de angustia y terror:

—¡Atrás! ¡Cobíjense en el rincón! No tienen tiempo que perder porque...

Una formidable explosión cortó las últimas palabras del pastor y pasados los primeros momentos de lógica confusión, los jóvenes, salvados casi

milagrosamente del percance, se encontraron envueltos en una espesa nube de polvo y tierra, pero frente a una salida posible, aprovechando el agujero que en el muro habíase producido.

Estrechamente abrazados, salieron al exterior, donde los fué posible besarse emocionados, dando por terminada su persecución al fetídico anillo. Renunciaban a toda la riqueza que pudieran obtener por tan desdichado legado. Les bastaba la otra riqueza... Aquel amor que había nacido espontáneo y sincero, y que sería, en adelante, su más grande riqueza...

Al intentar huir con el anillo robado, Aga Ben Dragore se había encontrado por el camino, en el jardín, con la infeliz Kaney, que ilusionada, había intentado detenerle, sin conseguir su propósito. Pero en su afán de retenerlo junto a ella, le rasgó el bolsillo de la americana, al querer cogerle, cuando precipitadamente se dirigía hacia su coche.

Del bolsillo roto cayó el anillo, sin que él se diera cuenta y apesar de las llamadas que era objeto por par-

te de Kaney, continuó su huida sin hacerle el menor caso.

Y a los pies de ésta veíase brillar la rutilante piedra, cuyos destellos resaltaban en la oscuridad de la noche, como una estrella de potente magnitud.

La muchacha, no sabía que hacer, si correr tras el árabe o bien darse por ofendida por la desatención tenida con ella.

Al fin, pero, la presencia de varias guardias y detectives que guiados por el doctor, habían llegado en aquellos momentos, fueron suficiente motivo para que Kaney, se diera cuenta que sólo persiguiendo a Dragore podría hacer buen servicio a sus amigos, Betty y Ralph.

Se juntó a los recién llegados y les sirvió de guía por las sendas del jardín para ir en busca del fugitivo.

Aga Ben Dragore, después de su precipitada huida hacia el auto, se dispuso a terminar del todo su aventura y ya creía que nada le privaría de escapar libremente, con el disputado anillo.

Se disponía ya a montar en su coche, cuando se vió sorprendido por Broughton, el ladino administrador, que quería, sin tanto trabajo, obtener el más beneficioso resultado.

Sabía Broughton que si alguien era capaz de obtener la joya, éste era Dragore, que por sus muchas fecho-

rias anteriores conocía mil y una formas de lograr su deseo y no queriendo exponerse él a hacerse acreedor de las posibles furias del joven Morlant, aguardó pacientemente a que Aga llegara a poseerla, para entonces con el mínimo esfuerzo, ser él dueño absoluto de una inmensa fortuna, que le proporcionara la venta del amuleto.

—Si tiene prisa en marcharse, devuélvame el anillo,—dijo Broughton, con ironía.

Pero Broughton ni Dragore no esperaban la llegada del doctor de Ralph, acompañado de varios agentes de policía, que sin darles tiempo a huir, les detuvieron a instancias de la alocada Kaney, que con la preciada joya en la mano, les decía:

—Sí, ellos son los culpables de todo... Querían robar este anillo...

Les debemos a nuestros lectores unas aclaraciones sobre dos puntos importantes de esta narración. La extraordinaria resurrección del profesor Morlant y la explosión que había liberado a nuestra simpática pareja.

El egiptólogo, debido a la enfermedad que padecía y a los extraños

medicamentos exóticos que tomaba, había sufrido un ataque de catalepsia, y el doctor de cabecera certificó equivocadamente la defunción. El resto ya les ha sido posible irlo reconstruyendo durante el curso de la descripción.

En cuanto a la explosión, haber beneficiado a Betty y Ralph, pero había sido preparada con antelación por el falso sacerdote Hartley, para apoderarse del famoso amuleto, cuyo posesión habían ansiado todos.

Por decisión irrevocable de la pareja heredera, «Luz Eterna» fué entregado a uno de los principales museos de antigüedades de Londres, dedicando una importante parte del beneficio logrado, a renovar la edificación de la vieja casa de los Morlant.

Pero, como siempre hay quien no está conforme con las actuaciones que la lógica y el buen sentido nos ofrecen, todavía hay gentes que vivieron cerca de la extraña mansión, que dicen que todos los años, cuando llega el aniversario de la primera muerte del desgraciado Profesor, vaga por los jardines la aparición del «Resucitado», que sale en busca de la «Luz Eterna»...

FIN